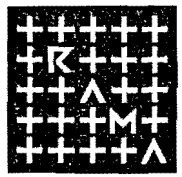
ETNONACIONALISMO

por

Walker Connor



TRAMA EDITORIAL

Colección ECÚMENE

Traducción: María Corniero

Portada: Pablo Maojo

Primera edición en español, febrero de 1998
© Trama Editorial, S.L.
Apartado Número 10.605, 28080 Madrid, España

Primera edición en inglés, 1994
© Walker Connor, 1994
Esta traducción de *Ethnonationalism: the quest for understanding* se publica por acuerdo con Princeton University Press.

DERECHOS RESERVADOS CONFORME A LA LEY

ISBN: 84-89239-08-8
Depósito legal: M-8086-1998

Realización gráfica: Carácter, S.A.

Este libro está dedicado
—por orden de aparición— a

Peter, Joan y Daniel

Recordad las secuoyas...

influencia del nacionalismo; de hecho, la relaciones interestatales de los últimos tiempos son una muestra más de la creciente tendencia a pensar en términos nacionalistas.

Ningún gobierno de un Estado multinacional ha dado con la solución al dilema que se plantea al tratar de conjugar la unidad estatal y las tendencias centrífugas de una conciencia nacional cada vez más poderosa. El deseo de evitar la división territorial y las exigencias de la modernización hacen prever que esos gobiernos opondrán resistencia a los movimientos nacionalistas a la vez que promueven la asimilación, de ser necesario, con métodos coercitivos.

Aunque sea imposible predecir el resultado de este tipo de política, la tenacidad y la fuerza emocional probadas del nacionalismo convierten a esta idea abstracta en un oponente formidable. Sea como fuere, hay que concluir que el principio pernicioso y, quizá, falto de realismo que proclama el derecho a la «autodeterminación de las naciones», está muy lejos de haber perdido su pujanza como factor relevante de la política internacional.

CAPÍTULO 2

ESTUDIOS ESTADOUNIDENSES DE LA SEGUNDA POSGUERRA MUNDIAL

El texto que viene a continuación es una versión ampliada de la ponencia que presenté en el Séptimo Congreso Mundial de la Asociación Internacional de Sociología, celebrado en Varna (Bulgaria), en septiembre de 1970. Lo que dio en llamarse la guerra fría estaba en pleno apogeo y, dado que Bulgaria pertenecía a la esfera de influencia de la Unión Soviética, en el congreso estaba garantizada una nutrida representación de los académicos de los Estados marxista-leninistas. Mis referencias al aumento de los antagonismos étnicos en el seno de la Unión Soviética, aun siendo escasas y moderadas, suscitaron vehementes críticas.

Ahora bien, la Unión Soviética nada tenía que ver con el núcleo de mi argumentación. Mi propósito era criticar la escuela de pensamiento de los teóricos de la «construcción de la nación», que, a la sazón, dominaba la producción bibliográfica sobre el desarrollo político, sobre todo en los Estados Unidos. La atención prácticamente nula que el etnonacionalismo recibía en esta escuela, a la que pertenecían numerosos politólogos de renombre en esos tiempos, no deja de resultar sorprendente. Es una manifestación más del divorcio entre las teorías intelectuales y el mundo real.

¿CONSTRUCCIÓN O DESTRUCCIÓN DE LA NACIÓN?*

Los estudiosos próximos a las teorías sobre la «construcción de la nación» han tendido a no tomar en consideración la diversidad étnica o a prestar una atención superficial a la identidad étnica, considerándola un simple impedimento más para la integración efectiva del Estado. Cuando la identidad étnica se ha tenido en cuenta, ha solido entenderse como un obstáculo en cierto modo intrascendente y efímero que, con el paso del tiempo, a medida que las modernas redes de comunicaciones y transportes aproximen más a las diversas partes del Estado, será sustituido por una identidad común que unificará a todos los habitantes del Estado, sea cual fuere su legado étnico. Ambas posturas, muy alejadas de la realidad de los hechos, han contribuido a fomentar ese optimismo infundado que caracteriza buena parte de los estudios sobre la «construcción de la nación».

No es difícil documentar la afirmación de que los principales teóricos de la «construcción de la nación» han tendido a minimizar, cuando no a desatender por completo, los problemas relacionados con la diversidad étnica. Una somera consulta de los índices de contenidos y de los índices analíticos de las obras sobre la «construcción de la nación» bastará para convencer a los escépticos de que este tema se menciona sólo en contadas ocasiones y se toma en seria consideración en ocasiones aún más infrecuentes[1]. Para estar justificadas, esas omi-

* Traducido de Walker Connor: «Nation-Building or Nation-Destroying?», *World Politics*, 24, 1972, pp. 319-355. Copyright © 1972 Johns Hopkins University Press. Publicado con permiso de Johns Hopkins University Press.

[1] La siguiente muestra de la bibliografía sobre la teoría de la integración puede considerarse representativa de la misma: Gabriel Almond y James S. Coleman: *The Politics of Developing Areas*, Princeton, 1960; Gabriel Almond y G. Bingham Powell: *Comparative Politics: A Developmental Approach*, Boston, 1966; Gabriel Almond y Sidney Verba: *The Civic Culture*, Boston, 1963; David Apter: *The Politics of Modernization*, Chicago, 1965; Willard A. Beling y George O. Totten (comps.): *Developing Nations: Quest for a Model*, Nueva York, 1970; Karl W. Deutsch y William Foltz (comps.): *Nation-Building*, Nueva York, 1966; Jason Finkle y Richard Gable (comps.): *Political Development and Social Change*, Nueva York, 1966; Philip E. Jacob y James V. Toscano (comps.): *The Integration of Political Communities*, Filadelfia, 1964; Lucian Pye (comp.): *Communications and Political Development*, Princeton, 1963; y Lucian Pye: *Aspects of Political Development*, Boston, 1966. La muestra queda sustancialmente ampliada ya que incluye cinco compilaciones, que entre sí suman unas cincuenta contribuciones diferentes.

Ninguna de las diez obras citadas dedica una sección, un capítulo, ni un aparrado importante a cuestión de la diversidad étnica. En contraste, algunos términos que se repiten en los índices de contenidos son: ejército, burocracia, clases sociales, personalidad, industrialización, urbanización, intercambios comerciales y otros modos de comunicación. En los casos en que los índices de contenidos incluyen categorías que por su enunciado llevaban a esperar un análisis serio de las implicaciones de la etnicidad (categorías como «legitimidad interna» o «identidad nacional»), hay que decir que tales expectativas no se cumplen al leer el texto.

Los índices analíticos confirman que la etnicidad no recibe la atención debida. Seis de los diez índices no contienen la mínima referencia a grupos étnicos, etnicidad ni minorías. Dos de ellos mencionan de pasada etnicidad, y otro dedica menos de dos páginas a todos los tipos de minorías, restringiendo su análisis a los efectos que ejercen sobre la democracia. La última obra, que es una compilación, constituye sólo una excepción parcial: el estudio de los impedimentos que la etnicidad *per se* plantea a la integración del Estado se restringe a una serie de comentarios generales en el prefacio; es más, el autor del prefacio, siguiendo la segunda de las tendencias descritas en las primeras frases de este capítulo, presupone que se trata de una cuestión relativamente pasajera.

Hay que reconocer que las compilaciones sobre la «construcción de la nación» suelen incluir algunos estudios de ámbito regional o estatal cuyo autores son perfectamente conscientes del efecto disgregador que la diversidad étnica tiene sobre su objeto de estudio. (En una de las obras citadas anteriormente, dan testimonio de esa consciencia un ensayo sobre el África subsahariana y otro sobre Ceilán [Sri Lanka].) Pero es muy revelador que los compiladores estimen que el tema de la diversidad étnica no trasciende los límites de los casos particulares tratados. Si en la estructura de una obra —cuyo reflejo son los índices analíticos y de contenidos— no se reconoce que el problema de la etnicidad es algo más que un fenómeno local, es poco probable que el lector llegue a reconocerlo por su cuenta.

Como se ha señalado, las diez obras citadas más arriba se consideran representativas del conjunto de la bibliografía existente en esta área. Ahora bien, conviene llamar la atención sobre dos obras que no son en modo alguno representativas: el concepto de etnicidad es ubicuo en Rupert Emerson: *From Empire to Nation*, Boston, 1960; y en Charles W. Anderson *et al.*: *Issues of Political Development* Englewood Cliffs, 1967, se consagra una sección importante a analizar en profundidad la etnicidad.

siones debieran estar motivadas bien por el hecho de que la mayoría de los Estados son étnicamente homogéneos, bien porque la diversidad étnica no plantea obstáculos graves a la integración.

La primera posibilidad se elimina sin mayor dificultad que la de remitirnos a la composición étnica real de los Estados contemporáneos. Los datos estadísticos expuestos a continuación revelan una notable discrepancia entre las fronteras étnicas y las políticas: de un total de 132 Estados contemporáneos, sólo 12 (el 9,1%) pueden describirse como homogéneos desde el punto de vista étnico; otros 25 Estados (el 18,9% de la muestra) cuentan con un grupo étnico que representa más del 90 por ciento de la población total; en tanto que en otros 25 Estados el componente étnico de mayor peso corresponde a entre el 75 y el 89 por ciento de la población; pero en 31 Estados (un 23,5% del total), el componente étnico de mayor tamaño sólo constituye entre la mitad y las tres cuartas partes de la población, y en 39 casos (el 29,5% del total de Estados) el mayor grupo étnico ni siquiera equivale a la mitad de la población del Estado. Por otra parte, este retrato de la diversidad étnica se hace más elocuente cuando se toman en consideración el número de grupos étnicos diferenciados que acogen los Estados: en algunos casos, un solo Estado engloba a centenares de grupos, mientras que en 53 Estados (el 40,2% del total), la población está dividida en más de *cinco* grupos significativos[2]. Se demuestra así con toda evidencia que el problema de la diversidad étnica está demasiado generalizado para que cualquier estudioso serio de la «construcción de la nación» lo pase por alto, a no ser que suscriba la opinión de que no es una cuestión de relevancia.

La validez de esta opinión se funda, al parecer, en dos hipótesis alternativas. Una supone que la compatibilidad de la lealtad al grupo étnico con la lealtad al Estado se demuestra por sí misma, y la otra, a la que ya se ha aludido, afirma que la identificación étnica resultará ser un fenómeno transitorio, que irá perdiendo fuerza a medida que avance la modernización. Más adelante analizaremos con mayor detalle la cuestión de las dos lealtades (al grupo étnico y al Estado), mas no es necesario profundizar mucho para ver que su combinación no es naturalmente armoniosa. Basta pensar en la partición política con la que se saldó el que en tiempos fuera el Imperio austrohúngaro, o reflexionar

[2] Las 132 unidades incluidas en esta estadística son entidades que a 1 de enero de 1971 se consideraban generalmente como Estados, excepción hecha de unas cuantas microunidades como Nauru y Samoa Occidental. Ahora bien, Alemania del Este y del Oeste, Corea del Norte y del Sur, y Vietnam del Norte y del Sur se trataron como entidades globales, en la creencia de que de esa forma se minimizaban los efectos distorsionadores. No debe suponerse que la inclusión de todas la microunidades alteraría sustancialmente los resultados estadísticos en favor de la homogeneidad. En el caso de Nauru, por ejemplo, donde la población sólo sumaba 6.500 habitantes, el elemento étnico de mayor tamaño no constituía una mayoría.

sobre cuál es el factor común que constituye la mayor amenaza para la supervivencia política de Bélgica, Canadá, Chipre, Guyana, Kenia, Nigeria, Sudán, Yugoslavia y tantos otros Estados multiétnicos. Es posible que el teórico de la «construcción de la nación» haya elaborado alguna propuesta con la que cree que es posible reducir a dimensiones manejables la cuestión de las lealtades rivales, pero, en tal caso, dicha propuesta sería un elemento importante de su modelo teórico y debiera ocupar un lugar destacado en su exposición[3].

Por lo que se refiere a la hipótesis de que la identidad étnica irá debilitándose a medida que se desarrollen los procesos denominados con el nombre colectivo de modernización, cabe pensar que los que así opinan, habrán sido influenciados, directa o indirectamente, por los escritos de Karl Deutsch. Y, sin embargo, que de su obra pueda inferirse semejante opinión con respecto al futuro de la identidad étnica es una cuestión debatible. Deutsch no siempre explica de manera inequívoca cómo entiende la interrelación entre lo que él denomina la «movilización social» y la asimilación (es decir, la «construcción de la nación», por lo que a la identidad se refiere) y parece que sus ideas al respecto sufrieron fluctuaciones significativas. Sea como fuere, teniendo en cuenta la magnitud de la influencia de este autor, se impone examinar con detenimiento su obra si queremos definir y evaluar con mayor precisión sus conclusiones sobre la importancia que la identidad étnica posee para la «construcción de la nación».

La obra más conocida de Deutsch, *Nacionalismo y comunicación social*[4], servirá para ilustrar la dificultad que entraña definir su postura con precisión. Por un lado, en esta obra se alude repetidas veces, bien que de pasada, a la *posibilidad* de que el incremento de los contactos entre pueblos culturalmente diversos aumente el antagonismo entre ellos[5]. Por otro lado, varios pasajes pueden llevar

[3] Véase, por ejemplo, Arnold Rivkin: *Nation-Building in Africa*, New Brunswick, 1969. Después de examinar una serie de conflictos de toda África y de afirmar que su origen es básicamente étnico en numerosos casos (véanse, por ejemplo, pp.35-37, 195, 196 y 226), el autor concluye (p.238): «Aunque las poblaciones divididas de África —de distintas tribus, diferentes orígenes étnicos (como los tutsis y los hutus de Ruanda y Burundi), religiones diversas (cristiana, islámica, animista, etc.) y distintos orígenes históricos— plantean grandes y serios problemas a la construcción de la nación, comparadas con las divisiones de América Latina —que se han ido desarrollando con el transcurso de los siglos y son resultado de una mezcla de factores raciales, de la estructura social y del estatus económico— parecen relativamente fáciles de afrontar y susceptibles de ser resueltas con el tiempo». Pero, al no ofrecer más detalles relativos a esa posible solución, se está pidiendo al lector que haga un acto de fe para aceptar esa optimista previsión.

Uno de los ejemplos más asombrosos de la incapacidad para enfrentarse al problema de la diversidad étnica nos lo ofrece Lucian Pye: *Politics, Personality, and Nation-Building: Burma's Search for Identity*, New Haven, 1962. Pese a que los burmeses, que son el grupo étnico políticamente dominante, han librado una guerra étnica contra las minorías del país de forma prácticamente ininterrumpida desde que el Estado alcanzara su independencia, y a pesar de que esa guerra continuada es sin duda el obstáculo más visible y significativo para la integración, las referencias a algunas de las minorías se mencionan de pasada en una sola página.

[4] *Nationalism and Social Communication: An Inquiry into the Foundations of Nationality*, Cambridge (Massachusetts). La primera edición se publicó en 1953, y la segunda, que incluye cambios sustanciales, en 1966. Todas las referencias a la numeración de las páginas corresponden a la segunda edición.

[5] Véase, por ejemplo, p.126: «Por tanto, lingüística y culturalmente, los miembros de ambos grupos se consideran mutuamente extranjeros. Sin embargo, los procesos tecnológicos y económicos están forzándoles a unirse, con lo que se agudiza la conciencia de sus diferencias y de su común y mutua experiencia de extranjeridad, de lo que puede derivarse una diferenciación más conspicua y mayores conflictos».

al lector a concluir que Deutsch estaba convencido de que la modernización, materializada en la expansión de la urbanización, la industrialización, la escolarización, los medios de transporte y las comunicaciones, etcétera, conduciría a la asimilación. Es más, el desarrollo y examen pormenorizado del concepto de movilización social que se hace en este libro, manifiestamente consagrado al estudio analítico del nacionalismo, revela la idea implícita de que existe una relación entre ambos fenómenos. Y ello queda demostrado en que sea el capítulo titulado «Asimilación o diferenciación nacional: algunas relaciones cuantitativas» el que Deutsch escoge para exponer los factores que, en su opinión, determinan el ritmo del proceso de movilización social. Más adelante, una vez que ha analizado por separado las tasas de movilización y de asimilación, Deutsch indica de manera inequívoca que entre ambas se da una interrelación causal y de mutuo refuerzo:

> Hasta ahora, hemos estudiado las tasas de cambio como si fueran independientes entre sí [...] Ahora bien, la experiencia nos ha demostrado que la tasa de asimilación de una población desarraigada y movilizada (como los inmigrantes que vinieron a América) suele ser considerablemente más elevada que la tasa de asimilación de las poblaciones que viven aisladas en comunidades enraizadas en su terruño [...] Es probable que la investigación teórica de los aspectos cuantitativos de la fusión y la división de las naciones pudiera llevarse aún más lejos. Uno de los motivos para detenernos llegados a este punto tal vez sea que, aunque ahora sabemos qué tipo de información estadística merece la pena recoger, hasta que esos datos no estén disponibles seguir adelante no parece tener mucho sentido[6].

Más adelante, al resumir el mismo capítulo, Deutsch señalaba:

> Se ha descubierto que un factor decisivo de la asimilación o la diferenciación nacional es el proceso de movilización social concomitante a la expansión de los mercados, las industrias, las ciudades y, por último, de la alfabetización y las comunicaciones de masas. Las tendencias del proceso subyacente de movilización social pueden tener un efecto determinante sobre el mantenimiento o la inversión de las tendencias nacionales existentes en países concretos[7].

En el capítulo siguiente, Deutsch examinaba la tasa de asimilación en función de seis modelos de equilibrio entre factores tanto cuantitativos como cualitativos, y, a continuación, volvía a exponer su idea sobre la relación entre las tasas de movilización y de asimilación:

> En los pueblos sólidamente enraizados en sus comunidades originales y su tierra natal, la asimilación suele desarrollarse a un ritmo mucho más lento que en las poblaciones movilizadas, pero, aun así, es un proceso inexorable, pese a que pueda prolongarse durante muchas generaciones [...] Aun queda

[6] *Ibid.*, p.152.

[7] *Ibid.*, p.188.

por establecer una comparación cuantitativa más general entre la velocidad relativamente elevada de la asimilación entre las personas movilizadas y la velocidad de asimilación considerablemente menor propia del resto de la población. Queda, asimismo, por elucidar la *interacción mutua* entre los diversos índices de cambio, que hasta el momento se han estudiado como si fueran totalmente independientes entre sí[8].

Se diría que las afirmaciones de esta índole son fundamento suficiente para concluir que Deutsch creía que la modernización, al movilizar socialmente a amplios sectores de la población, incrementaría tanto las posibilidades de asimilación como el ritmo de ésta. Conclusión que encuentra confirmación en el optimismo con el que Deutsch contemplaba la posibilidad de que la asimilación de diversos grupos étnicos se sometiera a la ingeniería social. Al final de una exposición sobre las funciones de los planificadores políticos, Deutsch señalaba:

> Muy a menudo, los hombres han tomado la lengua y la nacionalidad por un accidente, sin profundizar más, o bien las han aceptado sumisamente como un destino. Lo cierto es que no son ni un accidente ni un destino, sino el resultado de un proceso discernible; y en cuanto comenzamos a hacer visible ese proceso, ya hemos comenzado a transformarlo[9].

En 1961, la visión de Deutsch sobre la relación entre la movilización social y la asimilación se había modificado de manera sustancial, pues ahora estimaba que el efecto de la movilización sobre la asimilación era más bien el contrario:

> Supuesta la igualdad de los demás factores, cabe esperar, por tanto, que una etapa de movilización social rápida promueva la consolidación de los Estados cuyos pueblos comparten de antemano una lengua, una cultura y unas instituciones sociales básicas comunes; del mismo modo, ese proceso tenderá a desestabilizar o a destruir la unidad de los Estados cuya población se encuentra dividida de antemano en diversos grupos con distintas lenguas, culturas o modos de vida básicos[10].

Ahora bien, las consecuencias prácticas de este cambio de punto de vista, en cuanto a lo que parecía augurar con respecto a la supervivencia de la mayoría de Estados no industrializados que son multiétnicos, quedaban mitigadas por la afirmación realizada a continuación de que no todos los casos son iguales. Más en concreto, Deutsch argumentaba que la identidad étnica no podría rivalizar con la fuerza de los intereses personales:

> Ahora bien, en última instancia, el problema del tamaño de los Estados supera a los efectos de la lengua, la cultura o las instituciones, por importantes

[8] *Ibid.*, pp.162 y 163; énfasis añadido.
[9] *Ibid.*, p.164.
[10] Karl Deutsch: «Social Mobilization and Political Development», *American Political Science Review*, 55, 1961, p.501.

> que éstos sean. En un período de movilización social rápida, el tamaño aceptable de una unidad política tenderá a depender de los resultados que logre [...] En el fondo, la aceptación popular que tiene un gobierno en un período de movilización social depende básicamente de cómo responde ante las necesidades que siente su población[11].

En un ensayo escrito dos años más tarde por el profesor Deutsch, se advierte un retorno a su postura inicial. Al retomar su anterior optimismo con respecto a los efectos de la modernización sobre la etnicidad, Deutsch reprende, sin nombrarlos, a los autores que mantienen que las divisiones étnicas constituyen una amenaza permanente para la «construcción de la nación»:

> Las tribus, como nos lo demuestra la historia europea, pueden cambiar de lengua y de cultura, pueden absorber a otras tribus, y las grandes tribus se han formado mediante la federación o la fusión de tribus menores, o mediante su conquista o absorción por otra mayor. En contraste con este panorama de plasticidad y cambio, numerosos estudios políticos de África y Asia se ocupan de las tribus como si fueran elementos estables y poco susceptibles de transformarse de manera significativa durante las próximas décadas. Sin embargo, es probable que, aun siendo moderado, el ritmo del cambio cultural y étnico del Asia y el África contemporáneas resulte ser más rápido que el de la Europa de los inicios de la Edad Media [...] A la investigación corresponde facilitar datos contrastados, pero de la experiencia de las minorías étnicas en otras regiones del mundo cabe inferir la probabilidad de que el proceso de modernización parcial atraiga a muchos de los individuos mejor dotados y con mayor iniciativa a las ciudades o a los sectores económicos en expansión, alejándolos de los grupos tribales o minoritarios a los que pertenecían, y, de tal suerte, reste fuerza y energía a estos grupos tradicionales, tornándolos más fáciles de gobernar[12].

Más adelante, en el mismo ensayo, Deutsch especificaba las cuatro etapas por las que predecía que había de pasar la asimilación:

> Resistencia declarada o latente a la fusión política en un Estado nacional común; integración mínima, hasta el punto de que se aceptasen pasivamente las órdenes del gobierno de fusión; integración política más profunda, hasta el punto de que se conceda apoyo activo al Estado común, a la vez que se mantienen la diversidad y la cohesión de los grupos étnicos y culturales; y, por último, coincidencia de la fusión y la integración políticas en virtud de la asimilación de todos los grupos en el seno de una cultura y una lengua comunes (tales podrían ser las principales etapas de la trayectoria que se origina en las

[11] *Ibid.* No deja de ser revelador que Deutsch diese ejemplos negativos de este fenómeno (por ejemplo, la secesión de los Estados Unidos y la separación de Irlanda de Gran Bretaña), pero no mencionara ningún caso en que un grupo étnico haya renunciado a su identidad merced a la efectividad del gobierno.
[12] Karl Deutsch: «Nation-Building and National Development: Some Issues for Political Research», en Deutsch y Foltz (comps.): *Nation-Building*, pp.4-5.

> tribus y concluye en la nación). Puesto que la nación no es un organismo animal ni vegetal, su evolución puede llevarla por estadios distintos de los de esta secuencia [...] No obstante, la secuencia más común en el Asia y el África modernas bien podría ser la que se ha esbozado anteriormente. ¿Cuánto tiempo tardarán las tribus u otros grupos étnicos de los países en desarrollo en atravesar las distintas etapas de dicha secuencia? No lo sabemos, pero la historia europea nos ofrece algunas sugerencias[13].

El optimismo de esta predicción sobre el destino de los nuevos Estados de África y Asia difiere notablemente de las opiniones expresadas por Deutsch en su más reciente exposición sobre el nacionalismo[14], las cuales, a su vez, se aproximan más a las que mantenía en su artículo de 1961. Una vez más, y alejándose del análisis previo contenido en *Nacionalismo y comunicación social*, Deutsch ita la asimilación y la movilización como dos procesos aislados en cuanto a us causas[15]. La única relación admitida entre ambos es la cronológica, es decir, hecho de que uno anteceda al otro:

> El factor decisivo en tales situaciones es el equilibrio entre los dos procesos que nos vienen ocupando. Si la asimilación tiene lugar antes que la movilización o mantiene la delantera con respecto a ella, el sistema político conservará probablemente la estabilidad y, andando el tiempo, todos los habitantes llegarán a integrarse en un pueblo único [...] Por otro lado, si la movilización es más rápida que la asimilación, ocurrirá lo contrario[16].

Si bien esta postura recuerda a la expresada por Deutsch en 1961[17], nuestro autor ha dejado de sostener que la mejora de los servicios y prestaciones públicas pueda servir para eludir las consecuencias lógicas de este análisis. De ello se deriva una nota de pesimismo que no se detectaba en el análisis de 1961 y que contradice el patente optimismo de sus reflexiones de 1963:

> Hemos visto que cuanto más gradual es el proceso de movilización social, de más tiempo dispondrá la asimilación social y nacional para llevarse a efecto. Y, al contrario, cuanto más se posponga la movilización social, tanto más deprisa habrán de realizarse sus diversos aspectos (lengua y moneda comunes, audiencia de masas, alfabetización, sufragio, urbanización, industrialización) llegado el momento. Mas cuando se hace preciso acumular todas estas transformaciones en el tiempo de vida de una o dos generaciones, las probabilidades de que

[13] *Ibid.*, pp.8-9. Es pertinente señalar que, al examinar los posibles estadios del proceso de asimilación, Deutsch citaba varias de sus propias obras, entre ellas, *Nationalism and Social Communication*, indicando de esa forma que, en su opinión, esa obra era perfectamente compatible con esta perspectiva sobre la erradicación absoluta de la fragmentación étnica.

[14] Karl Deutsch: *Nationalism and Its Alternatives*, Nueva York, 1969.

[15] El cambio de actitud de Deutsch con respecto al problema de la asimilación se hace notar en que, mientras el proceso asimilador desempeñaba un papel fundamental en *Nationalism and Social Communication*, en su obra más reciente apenas se le conceden un par de páginas, y se examinan sus «dimensiones» en lugar de sus «componentes». Véanse pp.25-27.

[16] Deutsch: *Nationalism and Its Alternatives*, p.27.

[17] Véase nota anterior.

> la asimilación tenga éxito disminuyen notablemente. Es muy probable que, en estos casos, las personas sean lanzadas a la política sin apenas haber modificado su antigua lengua, su tradicional visión del mundo, ni sus viejas lealtades tribales, y, en consecuencia, se hace muy difícil lograr que se vean como miembros de una nación nueva y única. Crear a los ingleses y a los franceses fue una labor de siglos. ¿Cómo convertir a los diversos grupos tribales en tanzanos, zambianos o malawianos en el transcurso de una sola generación?[18].

Si damos por bueno el análisis más reciente de Deutsch sobre la interrelación entre la asimilación y la movilización social, es decir, si aceptamos que la relación entre ambas no es en absoluto causal sino meramente cronológica, el valor predictivo que el concepto de movilización social pueda tener para el «constructor de la nación» parece desvanecerse. Decir que «si la asimilación tiene lugar antes que la movilización o mantiene la delantera con respecto a ella [...] andando el tiempo, todos los habitantes llegarán a integrarse en un pueblo único», ciertamente no es decir mucho. Si la asimilación progresa, es evidente que logrará realizarse[19]. Y al añadir, como lo hace Deutsch, que «si la movilización es más rápida que la asimilación, ocurrirá lo contrario», no se está proporcionando al planificador estatal una guía para la acción; antes bien, se está negando que la cuestión sea susceptible de someterse a la ingeniería social. Si la asimilación, aun pudiendo llevarse a cabo, es un proceso largo que ocupa a varias generaciones, y si el profesor Deutsch no pretende recomendar que a los Estados del Tercer Mundo se les inmunice contra la modernización —y en la cita precedente afirma que esa inmunización no es posible—, no resta sino concluir que allá donde la asimilación no se ha realizado, tiene muy escasas probabilidades de llegar a efectuarse nunca.

Así pues, la obra más reciente del profesor Deutsch no respalda a quienes suponen que la etnicidad irá extinguiéndose paulatinamente ante el avance de la modernización; por el contrario, los refuta. Sin embargo, sus comentarios anteriores, y en particular aquéllos en los que predecía cuatro etapas de desarrollo del proceso asimilador, podrían a todas luces citarse en apoyo de los planteamientos de dicha escuela de pensamiento. Ahora bien, al margen de la lectura que quiera hacerse de Deutsch, la hipótesis de que la modernización socava las lealtades étnicas se puede impugnar con fundamentos meramente empíricos.

De ser cierto que los procesos englobados en la modernización promueven la desaparición de la conciencia étnica y el fortalecimiento de la identificación con el Estado, el número de Estados con problemas de carácter étnico estaría disminuyendo. Pero un estudio global demuestra que la conciencia étnica está en inequí-

[18] Deutsch: *Nationalism and Its Alternatives*, p.73.

[19] Se encuentra otro ejemplo de esta tautología en *ibid.*, p.68. Refiriéndose a ejemplos más antiguos de la integración nacional, Deutsch concluye que «*los procesos combinados de la movilización social* y la asimilación terminarán por convertirlos en pueblos y naciones consolidados». Si se omiten las palabras en cursiva, esta afirmación se convierte en una tautología, puesto que no es más que una definición de la asimilación. Ahora bien, tal como se expresa la idea, resulta falsa, pues la movilización social necesita como requisito previo que se haya alcanzado la era industrial y exista una red de transportes y comunicaciones relativamente moderna. Y, sin embargo, la nación china, como casi todas las demás, existe desde antes de que se produjera la Revolución industrial.

voco ascenso en tanto que fuerza política y que esta tendencia es una amenaza creciente para la estabilidad de la actual delimitación de las fronteras estatales[20]. Y aún resulta más significativo que ningún Estado multiétnico, sea cual sea su grado de modernidad, se haya visto libre de esta amenaza. En este sentido, es muy instructivo observar la elevada proporción de Estados de Europa occidental, región tecnológica y económicamente avanzada, que han sufrido conflictos a causa de la agitación étnica en los últimos tiempos. Pueden citarse a modo de ejemplos:

1. España y las acciones anticastellanas de los vascos, los catalanes y, en menor medida, de los gallegos;
2. la animosidad manifiesta que despiertan en los suizos los trabajadores inmigrantes extranjeros, así como las reivindicaciones de los francoparlantes de Berna en favor de una separación política de los germanoparlantes;
3. la insatisfacción que inspira a los tiroleses del sur el sometimiento al dominio italiano, acallada recientemente gracias a las concesiones realizadas por el gobierno de Italia;
4. las muestras de descontento de los bretones ante la perpetuación del dominio francés;
5. el resurgimiento del nacionalismo escocés y galés, el conflicto de Irlanda del Norte y la amplia popularidad de las actitudes contrarias a los inmigrantes, personificadas en la figura de Enoch Powell (tres problemas que afectan al Reino Unido), y
6. la enconada rivalidad de valones y flamencos en Bélgica. Fuera de Europa, el desafío al concepto de un Canadá unido que representan los movimientos francocanadienses, así como la existencia de movimientos negros separatistas en Estados Unidos, dan testimonio de que la combinación de una larga tradición estatal con un alto grado de integración tecnológica y económica no garantizan la inmunidad contra el particularismo étnico.

No es preciso abundar más en el hecho de que la movilización social no conduce necesariamente a una transferencia hacia el Estado de las lealtades originales al grupo étnico. ¿Podemos dar un paso más y suponer una correlación inversa entre la modernización y el grado de disonancia étnica en los Estados multiétnicos? Contraponer a la hipótesis de que los procesos de modernización conducen a la asimilación cultural una supuesta ley férrea de la desintegración política, según la cual la modernización promueve necesariamente el incremento de las reivindicaciones a favor de la separación étnica, ciertamente entraña sus peligros. Aún no estamos en posesión de datos suficientes que permitan hacer una afirmación tan categórica. Sea como fuere, la evidencia considerable que obra en nuestro poder viene a confirmar la hipótesis de que los incrementos materiales de lo que Deutsch denomina comunicación y movilización sociales *tienden* a promover la conciencia cultural y a exacerbar los conflictos interétnicos. Como prueba de ellos se podría volver a citar el número considerable y creciente de movimientos étnicos separatistas.

[20] Se encontrará un análisis de esta tendencia, en tanto que fenómeno global, en el capítulo 1 de este volumen.

Ahora bien, numerosos estadistas y estudiosos objetarían a este enfoque macroanalítico que algunos casos citados en apoyo de nuestra tesis son Estados poscoloniales. Incluir antiguos dominios coloniales en la lista que se aduce como prueba de la correlación entre modernización y etnicidad no está justificado, nos dirían, siendo así que los responsables de las colonias se preocuparon de mantener viva la conciencia étnica, y de fomentarla, con objeto de reforzar su política de «divide y vencerás». La presencia generalizada de la conciencia y los antagonismos étnicos en estos territorios es, para ellos, resultado de su estimulación artificial por parte de la política colonial. De no haber existido ésta, la etnicidad no constituiría un problema grave para los nuevos Estados.

La validez de tal convicción puede ponerse a prueba comparando la experiencia de las antiguas colonias con la de los Estados multiétnicos de industrialización tardía que no han vivido una etapa significativa de colonización. Y esta comparación no revela diferencias importantes; pensemos, por ejemplo, en Etiopía y en Tailandia, países ambos con una prolongada historia de Estados independientes[21]. En estos dos lugares han coexistido sin dificultad y durante largo tiempo diversos elementos étnicos, gracias a que los Estados estaban poco integrados y las minorías apenas tenían contacto entre sí ni con el gobierno estatal (cuya existencia era más bien teórica). Hasta hace bien poco, la situación de estas minorías no difería mucho de la de los grupos étnicos de las colonias donde las autoridades coloniales habían adoptado la práctica muy común de gobernar a través de los dirigentes de los diversos grupos étnicos. En estos casos, el conflicto entre el dominio extranjero y la determinación del grupo étnico de preservar su modo de vida se minimizaba. Aunque los gobiernos de los Estados subdesarrollados hayan abrigado desde hace mucho tiempo la lógica aspiración de hacer efectivo su dominio en todo el territorio estatal, lo cierto es que el desarrollo de las comunicaciones y los transportes era un paso previo sin el que la presencia gubernamental no podía imponerse con eficacia en las remotas regiones habitadas por las minorías.

Cuando la presencia gubernamental se ha hecho efectiva, el resentimiento contra el dominio extranjero se ha convertido por primera vez en una fuerza política importante. Por otro lado, al margen de quién gobierne, está la cuestión de la preservación de la propia cultura. Los Estados que carecen de integración no constituyen una amenaza seria para el modo de vida de los diversos grupos étnicos; pero la mejora en la calidad y la cantidad de los medios de transporte y de comunicación va restringiendo paulatinamente el aislamiento cultural en el que un grupo étnico puede amparar su pureza cultural y defenderse de la influencia desvirtuadora de las demás culturas del Estado. Las restricciones de tal índole pueden muy bien desencadenar una reacción de hostilidad xenófoba.

Los avances en las comunicaciones y transportes tienden asimismo a acrecentar la conciencia cultural de las minorías, en tanto en cuanto favorecen la percepción de los factores que los diferencian de otros grupos. Esta influencia tiene una doble vertiente: además de conocer mejor a otros grupos étnicos dis-

[21] Se parte del supuesto de que el brevísimo período en que Etiopía estuvo bajo el dominio italiano en la década de los treinta no invalida su empleo como ejemplo de Estado sin historia colonial.

tintos del suyo, el individuo también llega a conocer a otros grupos que comparten su identidad. Así, los transistores de radio no sólo han servido para que los aldeanos de lengua lao del nordeste de Tailandia salieran de su aislamiento y empezaran a discernir las diferencias lingüísticas y étnicas que los separaban de la población políticamente dominante de lengua siamesa que habita en el oeste del país; a la vez, la radio también les ha permitido darse cuenta de la afinidad cultural que les une a los laos que habitan otras aldeas diseminadas por el nordeste de Tailandia y en la zona occidental de Laos, al otro lado del río Mekong[22]. Vemos, pues, que las comunicaciones intraétnicas e interétnicas desempeñan un papel fundamental en la creación de la conciencia étnica.

Como resultado de estos procesos, Tailandia se enfrenta hoy a los movimientos separatistas de las tribus montañesas del norte, de los laos del nordeste y de los malayos del sur[23]. También el Estado de Etiopía, pese a sus tres mil años de historia, es escenario de movimientos étnicos separatistas surgidos de la toma de conciencia de las minorías y de la presencia acrecentada del gobierno central en todo su territorio[24]. Y la misma pauta se repite en otros Estados multiétnicos subdesarrollados que no han tenido una historia colonial[25]. A este respecto, el colonialismo no parece ser un factor diferenciador significativo.

Podemos anticipar otro de los reparos que se opondrán a la argumentación según la cual la modernización tiende a exacerbar las tensiones étnicas. Ya se ha señalado antes que el reciente avivamiento de los conflictos étnicos en los Estados multiétnicos industrializados de Europa y América del Norte pone seriamente en tela de juicio la hipótesis de que la modernización disipa la conciencia étnica. Ahora bien, ¿puede esgrimirse ese mismo motivo para rebatir la tesis de que la modernización fomenta la conciencia étnica? Puesto que la Revolución industrial tuvo lugar en estos Estados hace más de un siglo, ¿no sería lógico que la conciencia étnica hubiera alcanzado su cota más alta hace mucho tiempo? Para dar una respuesta patcial a esta pregunta acudiremos a lo que los marxistas denominan la «ley de la transformación de la cantidad en calidad», que puede parafrasearse diciendo que «suficientes diferencias cuantitativas constituyen una diferencia cualitativa». Los procesos de modernización previos a la Segunda Guerra Mundial ni estimularon los contactos internacionales, ni precisaron de ellos en la misma medida que en el

[22] Véase en el capítulo 5 de este volumen un análisis más completo de la relación entre la distancia de las comunicaciones y la distancia física.

[23] En Charles F. Keyes: «Ethnic Identity and Loyalty of Villagers in Northeast Thailand», *Asian Survey*, 6, 1966, pp.362-369, se ofrece una descripción fascinante de cómo se ha fortalecido la identidad lao gracias a la intensificación de los contactos.

[24] Un reportero hacía este perspicaz comentario con respecto a Etiopía: «La falta de comunicaciones contribuyó a mantener unido el Imperio. Ahora, el desarrollo de las comunicaciones y la toma de conciencia política que aquéllas promueven están poniendo en peligro su unidad.» (Frederich Hunter en el *Christian Science Monitor* del 8 de enero de 1970).

Además de la recientemente absorbida Eritrea, también son zonas conflictivas las provincias de Bale y Gojam. Véase el *New York Times* del 1 de abril de 1969.

[25] Entre los ejemplos pertinentes se cuentan Afganistán, Irán y Libetia. Podrían incluirse asimismo numerosos Estados latinoamericanos. Al respecto de estos últimos, véase Anderson *et al.*: *Issues of Political Development*, pp.45-46. Hay una descripción más potmenorizada de la intensificación de la conciencia étnica en Tailandia y el sur de Asia en Connor: «Ethnology and the Peace of South Asia», *World Politics*, 22, 1969, pp.51-86.

período de la posguerra. En unos tiempos en que las carreteras eran pocas y deficientes y los vehículos privados mucho más escasos e ineficaces, cuando las emisoras locales de radio aún no habían cedido el puesto a la televisión de ámbito estatal como canal principal de las comunicaciones de masas no escritas, cuando el nivel educativo era más bajo y más restringido el conocimiento de los hechos de los que no se tenía experiencia directa, cuando los niveles de renta generales no permitían a las gentes alejarse mucho de su lugar de residencia, aún era posible mantener la tolerancia étnica: la cultura de Bretaña parecía a salvo de las intrusiones francesas, Edimburgo se sentía lejos y aislada de Londres, la mayoría de los valones y de los flamencos rara vez entraban en contacto —ni siquiera mediante un contacto artificial como el que proporciona la televisión— con miembros del otro grupo. En resumen, la situación de los grupos étnicos de estos Estados no era muy distinta de la que se ha descrito anteriormente en el marco de las sociedades sin industrializar[26]; la diferencia sólo era una cuestión de grado hasta que se llegase al punto en que se produjera un salto cualitativo. Ahora bien, el momento en que una proporción significativa de la población percibió que los efectos acumulativos de los aumentos cuantitativos de la intensidad de los contactos intergrupales habían llegado a constituir una amenaza para su etnicidad representó, en términos políticos, una transformación cualitativa.

Pero quizá no sea tanto el carácter y la densidad de los medios de comunicación, como el mensaje que transmiten, lo que explica el auge de la conciencia étnica militante en los Estados avanzados y menos avanzados. La expresión «autodeterminación de las naciones» data, cuando menos, de 1865[27], pero apenas se le concedió atención antes de que varios estadistas de renombre mundial se adhirieran a esa doctrina en tiempos de la Primera Guerra Mundial. Por otro lado, el hecho de que dicha doctrina no se aplicara después de la guerra a los Imperios multiétnicos de Bélgica, España, Francia, Gran Bretaña, los Países Bajos y Portugal demuestra que los estadistas no estimaban que la autodeterminación fuera un axioma de validez universal. Hubo que esperar a que concluyera la Segunda Guerra Mundial para que una organización que aspiraba a tener una jurisdicción mundial hiciera suya la doctrina de la autodeterminación[28]. La autodeterminación no cuenta, por tanto, con una larga tradi-

[26] El regionalismo estadounidense es una prueba de que la presencia generalizada de contactos intergrupales dentro del Estado era sustancialmente diferente en las época previa y posterior a la Segunda Guerra Mundial. Como señalaremos más adelante, a diferencia de la etnicidad, el regionalismo tiende a desaparecer a un ritmo directamente proporcional al de la ampliación de las comunicaciones y las redes de transportes interregionales. A pesar de ello, una serie de conceptos, como el de los «derechos de los estados», así como los bloques de votantes y los patrones de voto, demuestran que en la posguerra el regionalismo todavía conservaba mucha fuerza. La manifestación más persistente del regionalismo, el «bloque del Sur» (*Solid South*), ha comenzado a desaparecer sólo en los últimos años.

[27] Esta expresión apareció en la Proclamación de la Cuestión Polaca, aprobada por el Congreso de la Primera Internacional celebrado en Londres. La Proclamación señalaba «la necesidad de anular la influencia rusa en Europa, mediante el reforzamiento del derecho a la autodeterminación y mediante la reconstrucción de Polonia sobre unos cimientos democráticos y sociales» (Citado en G. Stelkoff: *History of the First International*, Nueva York, 1968). Se encuentra una referencia al empleo anterior que Karl Marx hace de esta expresión en *Herr Vogt* en Stefan Possony: «Nationalism and the Ethnic Factor», *Orbis*, 10, 1967, p.1218.

[28] Carta de las Naciones Unidas, art.1, pár.2.

ción; pero la brevedad de su historia no ha impedido que se difundiera extensamente ni que fuera elevada a la categoría de verdad indiscutible. Los líderes políticos de las tendencias políticas más dispares cantan hoy sus alabanzas al unísono. Hay que reconocer que la doctrina ha sido objeto de una aplicación abusiva en numerosas ocasiones, ya que se la ha invocado una y otra vez para respaldar todo tipo de movimientos encaminados a la disolución de un vínculo político, sin importar cuál fuera el fundamento de sus aspiraciones a la secesión. Pero en su forma original, esta doctrina convierte en última instancia a la etnicidad en el patrón de medida de la legitimidad política, ya que sostiene que todo pueblo diferenciado, por el mero hecho de *ser* un pueblo, tiene derecho a gobernarse a sí mismo si así lo desea. En los últimos años, la amplia aceptación de esta idea en tanto que verdad universal ha impulsado a las minorías de Europa y América del Norte, así como a las de África, Asia y América Latina, a cuestionar la validez de las fronteras políticas actuales. Así pues, la autodeterminación no se ha quedado en mera justificación de los movimientos étnicos: ha sido su catalizador. La expansión de medios eficaces de comunicación ha tenido sin duda sus efectos en la concienciación étnica, pero esos efectos no se hicieron notar por completo antes de que se difundiera el mensaje de la autodeterminación.

Otro de los factores potenciadores del avivamiento de la conciencia étnica es el patente cambio que se ha operado en el entorno político mundial, que ha mermado notoriamente las probabilidades de que una entidad política débil, en términos militares, sea anexionada por una potencia mayor. En la era colonialista, esa probabilidad era tan elevada como para que algunos Estados independientes aspirasen a convertirse en protectorado, reservándose la prerrogativa de escoger, como mal menor, el Estado del que querían depender. En contraste, los sucesos políticos internacionales de los últimos tiempos, incluida la denominada «moratoria» nuclear, convierten la independencia en una posibilidad perdurable aun para las unidades políticas más débiles. Hay que concluir que el tema que nos ocupa depende de una multiplicidad de factores: un entorno favorable, el principio movilizador y justificador de la autodeterminación, la lista cada vez mayor de ejemplos que han sentado un precedente, y la difusión del conocimiento de estos factores a través de unos mejores medios de comunicación.

El resumen de los aspectos analizados hasta el momento incluiría los siguientes puntos:

1. Hay una proporción muy elevada de Estados multiétnicos.
2. En los últimos años, la conciencia étnica, lejos de haber perdido fuerza, está cobrándola.
3. Ninguna categoría particular de Estados multiétnicos ha resultado inmune a los efectos disgregadores de la etnicidad: tanto los Estados autoritarios como los democráticos, tanto los federales como los unitarios, tanto los asiáticos como los africanos o americanos o europeos se han visto afectados por igual.
4. Ni la forma de gobierno ni las particularidades geográficas son determinantes a este respecto.
5. Como tampoco lo es el nivel de desarrollo económico.

6. Ahora bien, los efectos concomitantes del desarrollo económico (aumento de la movilización social y de las comunicaciones) sí han contribuido a incrementar las tensiones étnicas y a fomentar las reivindicaciones separatistas.
7. Y, sin embargo, a pesar de toda esta evidencia, los principales teóricos de la «construcción de la nación» han tendido a soslayar o a minimizar los problemas asociados a la etnicidad.

Si pretendemos analizar los motivos de este divorcio entre la teoría y la realidad, se nos ofrecen doce posibilidades interrelacionadas y solapadas.

1. El empleo equívoco de los términos clave «nación» y «Estado» como si fueran intercambiables. Podrá parecer disparatado iniciar esta exposición adentrándonos en las cuestiones semánticas, que tantas veces resultan ser fútiles. Sin embargo, probablemente ninguna disciplina se habrá visto tan afectada por el uso impropio de sus términos clave como las Relaciones Internacionales. Los antropólogos se lamentan con frecuencia de la nebulosa que encierra el concepto de raza; ambigüedad que se ha reflejado en numerosas teorías acientíficas que, a su vez, han obligado a perder el tiempo refutándolas. Ahora bien, el concepto de raza, aun siendo fundamental para la Antropología, no puede parangonarse con el de *persona*, concepto clave de esa disciplina. En cambio, los conceptos de Estado y de la relación de las personas con el Estado son el núcleo de las Relaciones Internacionales. Y a pesar de la función básica que desempeñan, ambos conceptos están sumidos en la ambigüedad que se deriva de la negligente utilización de los términos.

Consideremos en primer lugar el concepto de Estado y el empleo que de él suele hacerse como sinónimo de una idea tan distinta como lo es la de nación. La Sociedad de Naciones, las Naciones Unidas e incluso la expresión *relaciones internacionales* no son sino una muestra de la frecuencia con que los estadistas y los estudiosos intercambian ambos conceptos de manera indiscriminada[29]. Teniendo en cuenta que a los expertos no les pasan inadvertidas las diferencias entre Estado y nación, la perpetuación de esta confusión terminológica no es fácil de explicar. Un diccionario concebido para uso del estudiante de la política global ofrece la siguiente definición de Estado: «Concepto legal que describe a un grupo social que ocupa un territorio definido y está organizado al amparo de unas instituciones políticas comunes y de un gobierno efectivo»[30]. En contraste, la nación se define como «un grupo social que comparte una ideología común, unas instituciones y costumbres comunes y un sentimiento de homogeneidad». Después se hace la siguiente precisión: «Una nación puede comprender parte de un Estado, coincidir con un Estado o extenderse más allá de las fronteras de un solo Estado». Los autores de libros de texto y monografías de Relaciones Internacionales trazan por lo general este mismo tipo de distinciones entre Estado y nación. Pero,

[29] *The Worldmark Encyclopedia of the Nations*, 3ª ed., Nueva York, 1967, vol.1, pp.254-57, incluye cincuenta organizaciones intergubernamentales cuyos nombres comienzan con *International*. Ninguna de ellas tiene nada que ver con las naciones.

[30] Jack C. Plano y Roy Olton: *The International Relations Dictionary*, Nueva York, 1969.

lamentablemente, esos mismos autores también incurren en el uso indiscriminado de ambos términos[31].

Es probable que la tendencia a no distinguir ambos términos surgiera del deseo de sustituir por una versión abreviada la expresión *Estado-nación*, que se supone posee un significado preciso, en tanto en cuanto describe la situación en que las fronteras de la nación son muy semejantes a las del Estado. Pero ya hemos señalado que, en términos estrictos, menos del 10 por ciento de los Estados del mundo pueden considerarse esencialmente homogéneos. A pesar de lo cual, los expertos suelen denominar Estado-nación a todos los Estados[32].

La confusión derivada del uso erróneo de estos términos viene constituyendo desde hace tiempo un obstáculo para el estudio de numerosos aspectos de las relaciones interestatales, pero, sobre todo, ha impedido comprender el nacionalismo. Más en concreto, la lealtad hacia la nación se ha confundido muy a menudo con la lealtad hacia el Estado. Confusión que también en este caso se debe en gran medida a la inadecuación terminológica, en la que, a su vez, se refleja.

Las definiciones de Estado y nación anteriormente citadas ponen de manifiesto que lo que hasta ahora hemos venido denominando grupos étnicos autodiferenciados son en realidad naciones. En consecuencia, la lealtad al grupo étnico debería en buena lógica llamarse nacionalismo; pero el nacionalismo, tal como suele emplearse, se refiere a la lealtad al Estado —o a la palabra *nación*,

[31] Véase, por ejemplo, A.F.K. Organski: *World Politics*, 2ª ed. rev., Nueva York, 1968, p.12: «La historia que vamos a contar es un relato sobre las naciones. Los personajes principales son las naciones, y nos vamos a ocupar de sus actividades, de sus objetivos y planes, de su poder, de sus posesiones y de sus relaciones mutuas». Véase también Deutsch: *Nationalism and Its Alternatives*, donde, a pesar de que define el término nación como pueblo (es decir, grupo étnico) que domina un Estado (p.19), el autor denomina naciones a las poblaciones multiétnicas de España (p.13) y de Bélgica (p.70). Véase, asimismo, el último párrafo de Dankwart Rustow: *A World of Nations*, Washington (D.C.), 1967, donde el autor señala que «más de 130 naciones, reales o así llamadas, realizarán su contribución a la historia de las postrimerías del siglo XX». Anteriormente (por ejemplo, p.36), Rustow había establecido una diferenciación entre Estado y nación. Para comprobar que los estudios que se ocupan de los problemas específicos que la diversidad étnica plantea a la integración estatal no son necesariamente inmunes al uso inadecuado de la terminología, véase Donald Rothchild: «Ethnicity and Conflict Resolution», *World Politics*, 22, 1970, particularmente pp.597-598. «En primer lugar, a pesar de que se recurra frecuentemente a la distinción entre un sistema interno coercitivo y un sistema internacional básicamente no coercitivo, las estrategias de búsqueda de poder empleadas por los grupos étnicos dentro de los Estados son sensiblemente similares a las de las relaciones entre *nación* y *nación* [...] Nuevas "décadas de desarrollo" más productivas, y sus previsibles intentos redistributivos, pueden resultar tan indispensables para el reconocimiento mutuo de las costumbres y leyes ajenas entre los grupos étnicos en el interior de un solo Estado como ocurre entre las naciones del mundo» (énfasis añadido). Puesto que los ejemplos de la tendencia a emplear erróneamente los términos clave son muy abundantes, *no* debe entenderse que los autores citados en esta nota y en las siguientes hayan sido elegidos porque se muestran especialmente poco circunspectos en su terminología. Muy al contrario, su elección se debe, entre otros motivos, a que son autoridades reconocidas.

[32] Véase, por ejemplo, Norman J. Paddleford y George A. Lincoln: *The Dynamics of International Politics*, 2ª ed., Nueva York, 1967, p.7: «Los actores del sistema político internacional son los Estados-nación independientes». O Louis J. Halle: *Civilization and Foreign Policy*, Nueva York, 1952, p.10: «Un hecho primordial con respecto a nuestro mundo es que está fundamentalmente compuesto por Estados-nación». Y Elton Atwater *et al.*: *World Tensions: Conflict and Accomodation*, Nueva York, 1967, p.16: «Puesto que hay unos 120 Estados-nación en el mundo». Karl Deutsch también se refiere habitualmente a todos los Estados denominándolos Estados-nación. Véase, por ejemplo, *Nationalism and Its Alternatives*, pp. 61, 125 y 176, y al respecto de la denominación de Estado-nación que otorga a los Estados multiétnicos de Checoslovaquia, Rumania y Yugoslavia, véanse pp.62-63.

cuando ésta se usa incorrectamente como sustituto de Estado—[33]. Así, el mismo diccionario cuyas precisas definiciones de Estado y de nación acabamos de citar, define el *nacionalismo* como una emoción colectiva que «convierte el *Estado* en el principal catalizador de la lealtad individual» (énfasis añadido). Una vez desvirtuado de esta forma el término *nacionalismo*, los estudiosos se han visto en la necesidad de buscar un sustituto para definir la lealtad a la nación. Entre los términos propuestos se cuentan regionalismo, localismo, primordialismo, comunitarismo, complementariedad étnica y tribalismo. Por desgracia, la perpetuación del uso incorrecto de *nacionalismo* para referirse a la devoción al Estado, unida al empleo de otros términos con diferentes raíces y connotaciones esencialmente diversas para definir la devoción a la nación, poco puede contribuir a deshacer el entuerto creado en torno a ambas lealtades[34]. Antes bien, propicia una peligrosa infravaloración del magnetismo y la capacidad de permanencia de la identidad étnica, en tanto en cuanto esos términos no son aptos para transmitir el aura de profundo compromiso emocional que acompaña al nacionalismo. Cualquier escolar aprende, por ejemplo, que las tribus germánicas y célticas de la antigüedad quedaron subsumidas en una identidad más amplia; o que el regionalismo ha ido perdiendo importancia en los Estados Unidos y en Alemania. Y, sin embargo, ese mismo escolar aprende que, a la vez que ese tipo de fuerzas se desvanecían, el nacionalismo ha sido uno de los factores que más ha influido en el curso de la política mundial durante los últimos doscientos años. Pero, al equiparar el nacionalismo con la lealtad al Estado, se está condicionando al estudiante para que piense que el Estado es el poderoso vencedor de la contienda entre lealtades, donde otros anacronismos de menor categoría han demostrado ser efímeros.

Si el Estado-nación fuera en efecto la forma universal de las entidades políticas, la confusión de conceptos a que hemos aludido carecería de importancia. En los casos en que la nación y el Estado coinciden casi por completo, las dos lealtades se funden en lugar de rivalizar entre sí. Ahora bien, los teóricos han solido caer en la trampa de equiparar el compromiso emocional generado por el Estado-nación con la lealtad al Estado sin calificativos. El estudio del nacionalismo ha estado muy influenciado en las postrimerías del siglo XX por las experiencias de Alemania y de Japón, que se consideran casos ilustrativos del compromiso extremo que el nacionalismo puede alentar. De ello se deduce que otros Estados poseen la misma capacidad potencial para suscitar ese tipo de reacción de masas, aunque es de esperar que con menor fanatismo. Pero casi ningún estudio tiene en cuenta que precisamente estos dos Estados se cuentan entre los pocos que son étnicamente homogéneos[35]; por ello, *Deutschland* y *Nippon* han sido para sus respectivas poblacio-

[33] A la vez, a la expresión *estatalismo* o *étatisme* que debiera referirse a la lealtad al Estado, se le han atribuido otros significados que poco tienen que ver con ningún tipo de lealtad.

[34] Véase, por ejemplo, en Edward Shils: *Political Development in the New States*, La Haya, 1968, la sección titulada «Parochialism, Nationality and Nationalism», pp.32-33. En este contexto, localismo se refiere a la lealtad al grupo étnico, mientras que nacionalidad y nacionalismo se refieren, respectivamente, la identificación con el Estado y la lealtad al Estado.

[35] Una manifestación ha sido la agrupación del *nacionalismo* de Japón y Alemania en la década de los treinta y comienzos de la de los cuarenta y el de los Estados multiétnicos de Argentina, Italia y España en la categoría de fascismo, una doctrina que afirma la superioridad del Estado corporativo.

nes algo mucho más profundo que una mera unidad político-territorial denominada Estado; han sido esa unidad étnico-psicológica que es la nación. Pensar en el nacionalismo alemán y japonés en términos de lealtad al Estado es un garrafal error de interpretación, y es, además, una distorsión extrema de la capacidad del Estado para inspirar lealtades cuando en la psique popular no existe un vínculo entre Estado y nación. Si esta vinculación existe, los líderes pueden formular sus llamamientos apelando tanto al Estado (*Deutschland*) como a la nación (*Volksdeutsch*, *Volkstum*, *Volksgenosse*), pues ambas nociones despiertan el mismo tipo de asociaciones. Y lo mismo puede decirse con respecto a los miembros del grupo políticamente dominante de algunos Estados multiétnicos; así, por ejemplo, los chinos hans tenderán a ver el Estado de China como el Estado de su nación particular y, de tal suerte, serán sensibles a los llamamientos realizados tanto en nombre de China como en nombre del pueblo han de China. Ahora bien, la idea de *China* despierta asociaciones muy distintas, y reacciones también muy diferentes, en los tibetanos, los mogoles, los uigures y demás pueblos minoritarios. El empleo equívoco de la terminología ha desviado a los estudiosos de la cuestión fundamental: ¿Cuántos ejemplos se nos ocurren de un «nacionalismo estatal» poderoso que se manifieste a través de un pueblo que percibe su Estado y su nación como entidades separadas?

Los estudiosos contemporáneos no se habrían desviado tanto de esta cuestión si no se hubiera acuñado la equívoca expresión de «construcción de la nación». Puesto que la mayoría de los Estados menos desarrollados engloban varias naciones, y dado que la transferencia al Estado de la lealtad primaria a la nación suele considerarse una condición *sine qua non* de la integración, el verdadero objetivo no es en realidad la «construcción de la nación» sino la «destrucción de la nación». ¿Se habrían mostrado los estudiosos tan optimistas con respecto a las posibilidades de la integración si se hubiera empleado la terminología adecuada? En todo caso, de haber sido así, seguramente no habrían soslayado ni minimizado tan a la ligera el problema de la identidad étnica, que es el verdadero nacionalismo[36].

[36] Véase, por ejemplo, Rothchild: «Ethnicity and Conflict Resolution», p.598: «En segundo lugar, la confrontación interétnica plantea interrogantes sobre el potencial unificador del nacionalismo. Aunque el nacionalismo ha rechazado eficazmente las aspiraciones hegemónicas de la metrópoli en una serie de confrontaciones cruciales, aún debe demostrar su capacidad para superar los "sentimientos primordiales" y promover un sentimiento de comunidad de objetivos». Al equiparar el nacionalismo con la lealtad al Estado, Rothchild incurre en el error de criticar el nacionalismo por no ser capaz de superarse a sí mismo. No obstante, si su pesimismo perdurase, su análisis básico sobre la fuerza relativa de la lealtad étnica y la lealtad al Estado sería válido. Ahora bien, más adelante Rothchild critica a los autores de diversas obras sobre la problemática étnica por hacer hincapié en la importancia de las divisiones étnicas antes que en el potencial positivo del «equilibrio étnico». Esos autores muestran «una preocupación excesivamente general por explicar los conflictos y divisiones del pasado en lugar de ocuparse de las dimensiones cambiantes del proceso de integración política» (p.612). «Nos hablan más de las divisiones que de los vínculos, de los conflictos que de la cooperación y la reciprocidad. Aunque trazan un panorama cuidadosamente detallado, una panorámica completa debiera prestar mayor atención a la acomodación, la interrelación, la adapración y el intercambio» (p.615). Y hay que preguntarse si el autor no se habría percatado más fácilmente de que estaba planteando preguntas sin posible respuesta si hubiera sido consciente de que el nacionalismo favorece la desintegración del Estado y no su integración.

2. La comprensión errónea de la naturaleza del nacionalismo étnico y la consecuente tendencia a subestimar su fuerza emocional. En un sentido amplio, esto sería consecuencia de la falta de atención prestada a la etnicidad por los especialistas y no su causa. Desde esta perspectiva, antes que una explicación del problema, sería un mero enunciado del mismo. Ahora bien, en el contexto en que aquí se emplea, tan sólo pretende señalar la tendencia de los estudiosos a percibir el nacionalismo étnico a través de sus manifestaciones externas y no a través de su esencia. La esencia de una nación no es tangible sino psicológica. Es una cuestión de actitudes y no de hechos.

Según la definición citada anteriormente, la nación es un grupo étnico autodiferenciado. Un requisito para la existencia de la condición de nación es la idea o creencia popular en que el propio grupo es único, especial, en un sentido muy vital. Cuando no se da esta convicción popular, el colectivo no pasa de ser un grupo étnico. Aunque a ojos del antropólogo, y aun del observador no especializado, la singularidad de un grupo pueda ser evidente, la nación no existirá en tanto en cuanto una proporción elevada de sus miembros no sean conscientes de su diferenciación.

Siendo así que la esencia de la nación es una cuestión de actitudes, las manifestaciones tangibles de la diversidad cultural sólo son relevantes en la medida en que contribuyen a crear un *sentimiento* de particularidad. Y, en efecto, ese sentimiento vital de particularidad puede surgir aun sin fundarse en unos rasgos culturales peculiares tangibles ni notables, como lo demuestra la experiencia étnico-psicológica de los afrikaners, los colonos americanos y los taiwaneses con respecto a su antigua identidad holandesa, británica y china han. Y, al revés, el concepto de nación puede trascender las diferencias culturales tangibles, como lo ilustra el hecho de que la nación alemana esté compuesta por católicos y luteranos[37].

Toda nación es susceptible de ser definida, como es lógico, por la amalgama peculiar de rasgos tangibles que la caracterizan, como puedan serlo el número de sus miembros, su ubicación física, su composición religiosa y lingüística, etcétera. Pero también es posible describir en estos términos a cualquier colectivo humano, aun cuando se trate de un colectivo tan irrelevante como el de los naturales de Nueva Inglaterra. Al conceder intuitivamente mayor importancia a lo que tienen en común con el resto de los estadounidenses que a sus rasgos diferenciadores, los naturales de Nueva Inglaterra se han relegado a sí mismos al estatus de elemento subnacional. En contraste, los ibos conceden mucha mayor importancia a ser ibo que a ser nigeriano. Así pues, el factor esencial para determinar la existencia de una nación no son las características tangibles de un grupo, sino la imagen que éste se forma de sí mismo.

Muchas veces, la esencia abstracta del nacionalismo étnico no es perceptible para el observador. Por ello, en los análisis de la discordia étnica se advierte una comprensible propensión a reducir los conflictos a sus rasgos más fácilmente discernibles. Así, la agitación ucraniana suele describirse popularmente como

[37] Puesto que el concepto de nación no excluye la posibilidad de que existan divisiones internas significativas, en realidad abarca dos importantes tipos de actitudes. Con respecto a las diferencias y similitudes *intranacionales*, hace hincapié, cuando es necesario, en los rasgos que fomentan la unidad; con respecto a las diferencias y similitudes entre las naciones, siempre resalta los rasgos diferenciadores.

un intento de defender la lengua ucraniana contra las agresiones rusas; se dice que el mayor problema de Bélgica es esencialmente lingüístico; el conflicto entre etíopes y eritreos y la problemática de Irlanda del Norte se atribuyen a razones religiosas; y en las disputas entre checos y eslovacos, bengalíes y paquistaníes occidentales, y serbios y croatas, se estima que lo que está en juego son básicamente cuestiones de diferenciación económica. Los factores lingüísticos, religiosos y económicos que distinguen a unos pueblos de otros son fácilmente discernibles y, lo que no es menos importante, fáciles de explicar a la audiencia.

Esta propensión a atribuir las divisiones étnicas a los rasgos diferenciadores más tangibles encuentra muchas veces respaldo en las afirmaciones y acciones de quienes están más implicados en ellas. Movidos por el deseo de afirmar su singularidad, los miembros de los grupos étnicos suelen esforzarse en destacar los rasgos visibles que más les caracterizan. Así, por ejemplo, con objeto de subrayar que su identidad no es rusa, los ucranianos basan su campaña por la supervivencia nacional en la reivindicación del derecho a emplear el ucraniano, en lugar del ruso, en sus comunicaciones escritas y orales. Pero cabe plantearse si acaso la nación ucraniana (es decir, la conciencia popular de ser ucraniano) no sobreviviría aun en el caso de que el ruso sustituyera por completo a su lengua, tal como perduró la nación irlandesa tras la virtual desaparición del gaélico, por mucho que las consignas previas a 1920 defendieran que el gaélico y la identidad irlandesa eran inseparables[38]. ¿Es la lengua el fundamento básico de la nación ucraniana, o no es sino un mero elemento menor que ha sido elevado a la categoría de *símbolo* de una nación que lucha por perdurar? La identidad nacional puede sobrevivir a transformaciones sustanciales de la lengua, la religión, el estatus económico y cualquier otra manifestación tangible de su cultura. Lo que no obsta para que quienes están implicados en una disputa étnica no sólo tiendan a expresar su conciencia nacional a través de símbolos tangibles, sino también a manifestar su aversión hacia la otra nación concretándola en atributos externos fácilmente identificables. Es muy raro que alguien reconozca que no le gusta un miembro de otro grupo por el mero hecho de ser chino, judío, ibo, afroamericano, italiano o lo que fuere. Casi todos nos sentimos obligados a traducir a términos más «racionales» las reacciones básicamente emocionales (es decir, los prejuicios) ante estímulos foráneos. Decimos, entonces, que no nos gustan «ellos» porque suelen ser vagos —o agresivos—, o delincuentes, o porque tienen demasiados hijos o, si se trata de una minoría, porque son unos traidores. «Ellos» tienen prejuicios contra nosotros y nos tratan con altanería, desprecian nuestra cultura y están decididos a aprovecharse de nosotros económicamente, pretenden imponernos su cultura y sus criterios y relegarnos a un estatus inferior[39]. Para respaldar con datos tangibles este tipo

[38] También podrían citarse como ejemplos el resurgimiento de los nacionalismos escocés y galés incluso entre quienes han sido asimilados a la lengua inglesa.

[39] Los esfuerzos pioneros de Hadley Cantril en el estudio de las imágenes estereotípicas que un grupo se forma de otro son altamente pertinentes y valiosos para el estudio del nacionalismo étnico. El hecho de que su objeto de estudio fuera el conjunto de la población de los países y no los grupos étnicos no obsta para que la obra de Cantril y de los estudiosos más influidos por él tenga gran valor. Ante la pregunta de qué adjetivos describen mejor a la población de otro país, es muy probable que el encuestado piense en el grupo étnico políticamente dominante del Estado en cuestión (por ejemplo, se percibe a los británicos como ingleses, a los sudafricanos como afrikaners, a los checoslovacos

de alegaciones se suelen esgrimir estadísticas, no siempre fiables ni pertinentes, relativas al empleo, a la delincuencia, a la natalidad, a los ingresos, a la emigración, a la esperanza de vida y al bilingüismo. De tal suerte, la «idea» toma cuerpo.

Como resultado de la tendencia compartida por participantes y observadores a describir los fenómenos etnopsicológicos como si fueran cuestiones tangibles, nunca se llega a sondear la auténtica naturaleza ni la fuerza de los sentimientos étnicos. Tanto es así, que en muchas ocasiones los analistas ni siquiera advierten que están ocupándose de un caso de nacionalismo étnico. La situación actual de Irlanda del Norte nos permitirá ilustrar esta cuestión.

Los conflictos que agitan los seis condados del norte de Irlanda se han estudiado casi exclusivamente como si de un antagonismo religioso se tratara, una reminiscencia curiosa de las guerras religiosas intranacionales que en épocas pretéritas enfrentaron a franceses contra franceses, alemanes contra alemanes, etcétera. En los casos excepcionales en que el problema de Irlanda del Norte no se ha considerado religioso, se ha estimado que es una lucha en pro de los derechos civiles que pretende la reforma política y económica. Lo cierto es que, en esencia, no es ni una cosa ni la otra; antes bien, es una lucha basada en diferencias fundamentales relativas a la identidad nacional. En contra de los relatos habituales, no todos los habitantes de Irlanda del Norte se consideran irlandeses[40]. De hecho, una encuesta de opinión realizada en 1968 por investigadores de la Universidad de Strathclyde puso al descubierto que la mayoría de ellos no se tenían por irlandeses: si bien el 43% de los encuestados se veían como irlandeses, un 29% se consideraban británicos, un 21% del Ulster y el 7% restante se adscribían a otra nacionalidad o a una nacionalidad mixta o indeterminada[41].

Por desgracia, el estudio no se preocupó de correlacionar la identidad nacional de los encuestados con su religión; no obstante, a la vista de la historia étnica y religiosa de la isla, no parece aventurado suponer que hay una fuerte correlación entre la autoidentificación como irlandés y la adhesión al catolicismo[42]. Ahora bien, la diferencia esencial es la que separa a quienes se atribuyen la nacionalidad irlandesa de quienes ni se consideran irlandeses ni son vistos como tales por la mayor parte del contingente irlandés. El hecho de que la religión sea un factor más bien accidental explica en parte por qué no se ha

como checos, etc.). Más importante es la limitación de que las respuestas no estén tabuladas en función de la etnicidad de los encuestados. Y aún hay que tener en cuenta otro factor: los adjetivos que suelen presentarse en los estudios de este tipo rara vez transmiten el profundo odio irracional que pueden inspirar los habitantes de otro país. Los atributos negativos del tipo de *atrasado*, *dominante*, *engreído*, e incluso *cruel*, son de un orden diferente que las pasiones inexpresadas que pueden llevar a los camboyanos a masacrar a numerosos civiles vietnamitas desarmados; a los balineses, los javaneses y los malayos a masacrar a los chinos; o a los hutus a ensañarse con los tutsis; a los hausas con los ibos, o a los turcos con los armenios.

[40] Un ejemplo típico es el artículo de Linda Charlton publicado en el *New York Times* del 15 de agosto de 1969, en el que se describe un conflicto que enfrenta al «irlandés contra el irlandés» y a los «*Prods*» (protestantes) contra los católicos.

[41] Richard Rose: *The United Kingdom as a Multinational State*, Glasgow, 1970, p.10.

[42] La composición religiosa es la siguiente: 35% de católicos, 29% de presbiterianos (Iglesia de Escocia), 24% de episcopalistas (Iglesia de Inglaterra), 10% de protestantes y 2% de otras religiones. *Ibid.*, p.13.

prestado oído a los repetidos llamamientos en favor de la tolerancia realizados por casi todos los líderes religiosos[43]. En realidad, no sería más descabellado decir que el conflicto se explica en razón de los apellidos que atribuirlo a las religiones. A pesar de una cierta tendencia a los matrimonios mixtos, los apellidos continúan siendo un indicador bastante fiable del linaje irlandés, por contraposición al inglés y el escocés[44]. Por ello, los apellidos desencadenan a veces reacciones positivas o negativas. Una manifestación lamentable de este fenómeno es la inclinación de los irlandeses militantes (señalados como católicos) a mostrarse particularmente agresivos con las unidades escocesas de las Fuerzas Armadas británicas desplazadas a Irlanda del Norte, lo cual se explica por la preponderancia de los apellidos escoceses en la población de Irlanda del Norte que no es irlandesa[45]. La percepción popular irlandesa asimila a los enemigos de su tierra con las tropas escocesas por su común extranjería y por su linaje escocés compartido.

Por lo que el autor de esta obra sabe, sólo una descripción de los conflictos de Irlanda del Norte los ha situado en un contexto adecuado:

> En el Ulster, particularmente, buena parte de las tensiones datan del siglo XVII. Tras una ronda más de enfrentamientos contra los católicos irlandeses, los británicos alentaron a ingleses y escoceses a establecerse en Irlanda del Norte para domesticar a los naturales. La población originaria católica ha odiado desde entonces a los invasores protestantes, no sólo porque sean protestantes, sino porque son forasteros con costumbres distintas y más privilegios. Entonces como ahora, las fricciones eran tanto sociales como religiosas[46].

Si en la última frase sustituimos *sociales* por *étnicas* o *nacionalistas*, quedará en evidencia que el conflicto de Irlanda del Norte no difiere mucho en cuanto a sus causas últimas de las luchas entre flamencos y valones en Bélgica, entre *les*

[43] Véase el *New York Times* del 24 de enero de 1971 al respecto de la concentración de mujeres de Belfast ante la casa del obispo católico en protesta por una homilía en la que aconsejó a los católicos que no tuvieran tratos con el ilegal Ejército Republicano Irlandés.

[44] Constituye una excepción notable Terrence O'Neill, el antiguo primer ministro moderado. El hecho de que los apellidos despierten fuertes asociaciones emocionales en la comunidad política de Irlanda del Norte llevó a sus colegas a suponer que O'Neill les ayudaría a granjearse el respeto y la confianza de la minoría irlandesa.

[45] Véase el *New York Times* del 30 de abril de 1970. Véase asimismo el *New York Times* de dos días antes, donde se informa de que el orden se restableció en Belfast sólo después de que las tropas escocesas fueran reemplazadas por tropas inglesas.

El estudio anteriormente mencionado sobre la identificación nacional pone claramente de manifiesto que el término irlandoescocés es una denominación étnica equívoca. Se refiere simplemente a las personas cuyos antepasados escoceses emigraron a Irlanda, pero no indica necesariamente una ascendencia irlandesa.

[46] *Wall Street Journal*, 16 de agosto de 1969. Un análisis similar se publicó en la sección de cartas al director del *New York Times* del 12 de julio de 1970, firmado por John C. Marley: «Pero las convicciones religiosas de los adversarios son incidentales con respecto a la cuestión política de fondo, que es si los seis condados del Irlanda del Norte deben ser gobernados por una autoridad extranjera. Una mayoría aplastante de irlandeses, del Norte y del Sur, comparte el deseo de que los británicos se marchen de Irlanda. La única excepción con respecto a este punto de vista es el grupo étnico británico que constituye una mayoría únicamente en un pequeño enclave de treinta millas de radio en torno a Belfast, y no en la totalidad de los seis condados ocupados».

Anglais y *les Canadiens* de Canadá, entre ibos y hausas en Nigeria, o entre los «asiáticos» y los «africanos» de Guyana. Mas cuán distinta resulta la imagen del carácter, la profundidad y la insolubilidad del problema de Irlanda del Norte que se desprende de este análisis respecto a la imagen sugerida por la siguiente afirmación de C. L. Sulzberger: «todos son irlandeses y, por consiguiente, les encanta pelearse: son hombres formidables que se dejan arrastrar fácilmente por la pasión [...] Todos los irlandeses, ya sean partidarios del Verde o del Naranja, se divierten peleándose»[47].

En resumen, muchas veces los conflictos étnicos se analizan desde una perspectiva superficial que los atribuye a factores tangibles como la lengua, la religión, las costumbres, la desigualdad económica u otros. Y, sin embargo, el verdadero germen de esos conflictos es una divergencia en la identidad básica que se manifiesta en el síndrome de «nosotros-ellos». Y, en última instancia, la decisión de si una persona es uno de los nuestros o de los suyos rara vez depende de su adhesión a unos u otros aspectos culturales visibles. Esta cuestión es la que ha dificultado los prolongados y todavía vanos intentos realizados por el gobierno israelita para definir a los judíos. A efectos políticos y legales, el gobierno puede exigir la adhesión a una de las ramas de la religión hebraica como prueba de que se es judío. Pero, al propio tiempo, el gobierno sabe muy bien que hay muchas personas que se declaran agnósticas, ateas o que se han convertido a otra religión y que no por ello son menos judías, en el sentido más amplio y psicológicamente profundo del término; así como hay personas que practican la religión hebraica y no son judíos desde el punto de vista étnico. El judaísmo ha sido, sin lugar a duda, un elemento importante del nacionalismo judío, como también lo ha sido, en menor medida, el catolicismo en el caso del nacionalismo irlandés. Pero un individuo —o un grupo nacional entero— puede desprenderse de todas las manifestaciones culturales visibles que tradicionalmente se atribuyen a su grupo étnico sin por ello perder su identidad fundamental de miembro de esa nación. La asimilación cultural no comporta necesariamente la asimilación psicológica.

3. **La exageración infundada de la influencia del materialismo en los asuntos humanos.** Son muchos los especialistas que han señalado la inclinación de un sector de estadistas y estudiosos estadounidenses del período posterior a la Segunda Guerra Mundial a suponer que los aspectos económicos son un factor determinante de los asuntos humanos. Así, por ejemplo, la promoción y defensa de los programas de ayuda exterior se ha basado en la idea de que el estatus económico de un Estado está directamente relacionado con su forma de gobierno, su estabilidad política y su agresividad[48]. Por otro lado, los planificadores políticos de los Estados Unidos han tratado de desactivar una serie de encarnizados conflictos interestatales —e interétnicos— convirtiendo la cooperación entre los adversarios en condición de la ayuda material (proyectos

[47] *New York Times*, 10 de julio de 1970.

[48] Se encontrarán varias descripciones de esta tendencia en Hans Morgenthau: «The American Tradition in Foreign Policy», en Roy C. Macridis (comp.): *Foreign Policy in World Politics*, 3ª ed., Englewood Cliffs, 1967, p.254, y en Stanley Hoffman: *Gulliver's Troubles in the Setting of American Foreign Policy*, Nueva York, 1968, pp.120-121.

de los ríos Mekong, Jordán e Indo, por ejemplo). El Plan Marshall, el Punto Cuarto, la Doctrina Eisenhower y la Alianza para el Progreso pueden verse como otros tantos ejemplos de los esfuerzos por modificar actitudes apelando a los intereses materiales.

La hipótesis de que los asuntos económicos son la fuerza primordial que moldea las ideas y actitudes humanas ha tenido una influencia notable en buena parte de la bibliografía relativa a la integración política. De manera implícita o explícita, se sostiene que una minoría étnica no se escindirá de un Estado siempre que su nivel de vida esté mejorando, tanto en términos reales, como en términos relativos a los demás sectores de la población estatal[49]. Este pronóstico es uno más de los que subestiman la fuerza de los sentimientos étnicos y hacen caso omiso de la evidencia contraria: por ejemplo, por lo que respecta a la cuestión de la desigualdad económica entre varios grupos, pueden enumerarse varios casos en que la conciencia étnica de una minoría y su animosidad hacia el elemento dominante se acentuaron a la vez que la diferencia en el nivel de ingresos de ambos grupos se iba atenuando a pasos agigantados. Los flamencos de Bélgica y los eslovacos de Checoslovaquia son sendos ejemplos de lo expuesto[50]. E incluso hay ejemplos de movimientos separatistas que emanan de un grupo más aventajado en términos económicos que el elemento étnico políticamente dominante: los croatas y eslovenos, de Yugoslavia, y los vascos y catalanes, de España, ilustran esta situación. En lo relativo al estatus económico objetivo, y no al comparativo, ya se ha dicho antes que la discordia étnica se ha incrementado en todos los Estados multiétnicos, fuera cual fuese su nivel de desarrollo económico. Ahora bien, las consideraciones económicas pueden actuar como revulsivo y reforzar la conciencia étnica; y, tal como se ha apuntado, quienes están más implicados en un conflicto lo exponen a veces en términos económicos. Pero, cuando rivalizan con el componente emocional del nacionalismo étnico, los factores económicos tienen muchas probabilidades de salir malparados. Numerosos nexos coloniales se han cortado sin tener en cuenta si resultaban o no beneficiosos para el pueblo colonizado. El argumento de que su nación no tiene el tamaño necesario para convertirse en una unidad económicamente viable difícilmente conseguirá disuadir de su empeño a los separatistas (ya sean anguillanos, eritreos, nagas o galeses)*. La consigna «Más vale un gobierno nefastamente dirigido por los filipinos que un gobierno maravillosamente dirigido por los americanos» transmite un mensaje no por simple menos profundo y de aplicación virtualmente universal.

4. La aceptación acrítica de la hipótesis de que el incremento de los contactos entre los grupos fomenta la toma de conciencia de lo que tienen en común y no de lo que les hace diferentes. También son numerosos los especialistas que han señalado que la política exterior estadounidense está excesivamente influenciada por una concepción optimista de los asuntos humanos, según la cual el hombre es un ser esencialmente racional y dotado de buena voluntad, inclinado por naturaleza a buscar soluciones razonables a los

[49] Ya se ha señalado antes que Karl Deutsch sostuvo explícitamente esta opinión en 1961.

[50] Los afroamericanos de los Estados Unidos son un caso comparable.

* No debiera haberse mencionado a Eritrea, que es un movimiento de carácter más regional que étnico.

problemas[51]. En el terreno de la etnicidad, este optimismo se manifiesta en la convicción de que la falta de entendimiento entre las naciones se debe al desconocimiento que domina sus relaciones; de ello se deriva que un contacto mayor entre las naciones fomentaría la comprensión y la armonía. La diplomacia basada en el contacto personal que constituye la razón de ser del *Peace Corps** es una manifestación de esta creencia, como también lo es el apoyo oficial a amplios programas de intercambio cultural y educativo. La misma convicción se hace patente asimismo en el hecho de que en las instancias oficiales no se contemple con inquietud que la presencia masiva de estadounidenses en un Estado extranjero pueda generar reacciones xenófobas[52]. Por otro lado, estas concepciones pueden contribuir a explicar por qué los estudios sobre la integración política prestan tan escasa atención a la etnicidad: si la ampliación de los contactos, motivada por la mejora de las redes de comunicaciones y transportes, promueve la armonía, la heterogeneidad étnica no es una cuestión que merezca ser analizada con detenimiento.

Sea como fuere, ya se ha indicado que, de hecho, los contactos promovidos por la modernización han tenido el efecto contrario. La perspectiva optimista no tiene en cuenta que, si bien es cierto que el conocimiento mutuo es requisito previo de la amistad, también lo es de la rivalidad. Es más, la conciencia de la propia identidad, que es una condición *sine qua non* de la nación, sólo puede surgir cuando se identifica a quiénes no son miembros. La idea de que se es único o diferente requiere un referente o, lo que es lo mismo, la idea de «nosotros» precisa de «ellos». En consecuencia, se puede afirmar que, en el mejor de los casos, la profundización en el conocimiento de otro grupo no garantiza la armonía, o que, cuando menos, en conjunto tiene tantas probabilidades de provocar una respuesta positiva como negativa. Y a la vista de la evidencia empírica sobre el auge de la conciencia étnica y de las disensiones étnicas, cabría añadir que la última posibilidad es la más probable.

5. Las analogías inadecuadas con el caso de los Estados Unidos. Muchas obras sobre la integración política mencionan el éxito de la historia de asimilación de los Estados Unidos como prueba de que la identidad básica de un pueblo es fácil de transferir del grupo étnico a otra agrupación de mayor tamaño que coincida con el Estado[53]. Por otro lado, es probable que la concepción de

[51] Particularmente significativo para este análisis es el siguiente comentario de Gabriel Almond: «Este optimismo manifiesto es un ingrediente tan compulsivo de la cultura estadounidense, que los factores que lo amenazan, como el fracaso [...] se desvían del foco de atención y se tratan de una manera superficial.» (*The American People and Foreign Policy*, Nueva York, 1961, pp.50-51). Véase también Frederick Hartman, *The New Age of American Foreign Policy*, Nueva York, 1970, p.58.

* El *Peace Corps* es una agencia gubernamental estadounidense creada en 1961, cuyo objetivo oficial es el envío de voluntarios para ayudar al desarrollo de diversos países del Tercer Mundo *(Nota de la Trad.)*.

[52] Comparemos, por ejemplo, la costumbre estadounidense de animar a los soldados de su país a que pasen sus permisos en Bangkok, con la costumbre soviética de minimizar la presencia rusa en Estados como la República Árabe Unida (Egipto). Véase Connor: «Ethnology and the Peace of South Asia», pp.51-86, con respecto a la influencia de la presencia extranjera sobre la lucha de guerrillas, así como a las distintas percepciones que de esa influencia se tienen en Estados Unidos, por un lado, y en China, la Unión Soviética y Vietnam del Norte, por otro.

[53] Véase, por ejemplo, el comentario de Karl Deutsh citado anteriormente en la p.34.

Estados Unidos como un «crisol» de culturas haya ejercido una influencia no reconocida expresamente sobre un número mucho mayor de estudiosos. Si en los Estados Unidos se dio, casi de manera espontánea, un vasto proceso de asimilación, ¿por qué no ha de repetirse la experiencia en otros lugares? Si de una mezcolanza étnica enormemente variada surgió casi por sí misma una sola «nación estadounidense» (*American nation*), cabría esperar que el proceso se desarrollara con pareja naturalidad en el resto del mundo. Pero, como veremos, establecer esta analogía entraña graves riesgos.

Cuando negamos la pertinencia de universalizar la experiencia estadounidense *no* estamos basándonos en el renovado interés que en los últimos tiempos vienen suscitando en Estados Unidos las cuestiones étnicas. La miríada de monografías y artículos dedicados a estos temas que se han publicado recientemente demuestra de manera inequívoca que el proceso de fusión étnica aún no está a la altura del mito y que la herencia nacional preestadounidense continúa siendo un indicador importante de la vida de barrio, de las pautas de voto, del asociacionismo, etcétera[54]. Es más, muchos estadounidenses que antaño minimizaran la importancia de su herencia preestadounidense han comenzado a enorgullecerse de ella. Ahora bien, estos hechos no son necesariamente aplicables al estudio del nacionalismo étnico; como tampoco alteran el hecho incuestionable de que en los Estados Unidos se ha conseguido un grado excepcionalmente alto de asimilación. Aunque la fusión absoluta aún no se haya producido, y quizá no llegue a producirse nunca, sí ha hecho notables avances y sigue progresando a buen ritmo. Asimismo, aun cuando el resurgimiento del orgullo étnico resultara ser algo más que una moda pasajera, tampoco habría que concluir por ello que se trata de una manifestación del nacionalismo étnico. Ya se ha apuntado antes que el concepto de la nación única no excluye las disensiones internas. En el seno de una sola nación pueden existir relaciones «nosotros-ellos» de menor ámbito, siempre que en cualquier situación donde se ponga a prueba la lealtad el «nosotros» más amplio de la nación demuestre ser más poderoso que las exigencias de una religión o región particular, del legado étnico preestadounidense o de cualquier otro factor minoritario. Subrayar la propia herencia cultural italiana o polaca no es en absoluto incompatible con sentirse parte de la «nación estadounidense».

Ahora bien, el nacionalismo negro sí puede entrañar un desafío abierto contra el «nosotros» más amplio de la «nación estadounidense». Si bien es cierto que bajo el estandarte común del nacionalismo negro se agrupan actitudes y objetivos muy diversos, todos ellos coinciden en subrayar el hecho fundamental de que lo que hasta ahora se ha conocido como la «nación estadounidense» ha sido, de hecho, una nación blanca. El nacionalismo negro es un nacionalismo en el sentido más estricto del término, ya que rechaza la identificación con la «nación estadounidense» y afirma la existencia de una nación negra rival[55]. Y esto

[54] Son especialmente recomendables por su agudeza las obras de Nathan Glazer, Milton Gordon y Daniel P. Moynihan.

[55] No se quiere decir con ello que la mayoría de los afroamericanos sean nacionalistas negros. El porcentaje se desconoce. Un estudio profundo debiera plantearse también qué porcentaje de nacionalistas negros son separatistas. Es muy probable que un porcentaje importante de quienes se identifican con el nacionalismo negro nunca se hayan planteado cuál es su propósito en términos más concretos que el de lograr una igualdad real. Las actitudes relativas a la bondad de distintos medios de asimilación (colegios, negocios, deportes, matrimonio, etc.) constituirían probablemente el mejor

es así tanto en el caso de que los nacionalistas defiendan la postura de «dos naciones y un solo Estado» como en el de que propugnen la separación política de facto. Por consiguiente, el nacionalismo negro constituye un objeto válido de investigación en el área de estudio de la etnicidad como fenómeno global. Pero, como ya se ha dicho, la asimilación entre los estadounidenses blancos no es un modelo adecuado para otras situaciones.

El factor clave que singulariza el proceso de asimilación en los Estados Unidos es que el impulso asimilador procedió en su mayor parte de los grupos sin asimilar y no del grupo dominante. El emigrante típico, excepción hecha del africano, abandonaba *voluntariamente* su lar cultural y recorría una distancia notable, tanto en sentido físico como psicológico, para internarse en un entorno etnopolítico diferente que no presentaba semejanzas políticas o psicológicas notables con su tierra natal. Además, ya perteneciera a una generación o a otra, tanto él como los demás inmigrantes de su etnia estaban en franca minoría numérica con respecto a la población estadounidense dominante, la anglosajonizada. Y aunque bien pudiera darse el caso de que este emigrante viviera —y que sus descendientes sigan viviendo— en un gueto étnico donde se preservaban su lengua y sus costumbres originales, el gueto no era lo bastante grande ni reunía las condiciones económicas necesarias para permitirle realizar sus aspiraciones más ambiciosas, ya fueran de índole económica, social o política. El emigrante se daba cuenta en todo momento de que pertenecía a una entidad cultural más amplia que impregnaba y modelaba el gueto de innumerables maneras[56], y sabía que el único medio de sortear los obstáculos más obvios interpuestos en el camino de sus ambiciones era aceptar la asimilación cultural. Como consecuencia de todo esto, los problemas étnicos de los Estados Unidos no se han caracterizado fundamentalmente por la resistencia de las minorías a la asimilación, sino porque el grupo dominante carecía de la capacidad o de la disposición necesarias para permitir que la asimilación se desarrollara al ritmo deseado por quienes aún no se habían asimilado.

En el resto del mundo, el problema de la etnicidad suele ser el contrario, siendo así que las minorías por lo general perciben que la presión hacia la asimilación procede del grupo dominante. Pensemos, por ejemplo, en un francocanadiense que vive en la gran provincia de Quebec, predominantemente francesa. Esa persona habita en su patria étnica, en un lugar poblado por franceses desde antes de la llegada de *les Anglais* y cargado de resonancias emocionales. Allí los angloparlantes y su cultura son intrusos, extranjeros en una tierra francocanadiense. Es más, la comunidad francocanadiense es lo bastante grande como para acoger dentro de su ámbito étnico a grandes triunfadores[57]. En con-

indicador de si el encuestado aspira a la independencia de su nación. Pero no hay que deducir de ello que los estudios actitudinales sean válidos para determinar esas actitudes. Hay una crítica muy acertada de esos estudios, realizada por un profesional con mucha experiencia en el tema, en Arnold Rose: *Migrants in Europe*, Mineápolis, 1969, pp.100 y *passim*.

[56] Las instituciones y servicios públicos (en especial los colegios), los medios de comunicación que trascienden al gueto, la publicidad y las elecciones son algunas de las numerosas fuerzas externas que afectan al gueto.

[57] La cuestión del tamaño contribuye a explicar por qué suele corresponder a los profesionales un porcentaje desproporcionadamente alto de partidarios de la separación total. Bélgica, Canadá y Ceilán [Sri Lanka] ofrecen ejemplos pertinentes. Puesto que en las sociedades menos desarrolladas los objetivos rendirán a ser menos ambiciosos, una comunidad menor puede bastar en las situaciones menos modernas.

secuencia, respaldado como está por las fuerzas y símbolos de su entorno, poco es lo que anima al individuo a renunciar a su cultura y mucho lo que le lleva a despreciar y a rechazar la intromisión de una cultura ajena. A diferencia de la asimilación en Estados Unidos, que, por lo general, ha sido entendida por la minoría como un acto voluntario, en Canadá, todo cuanto requiera de cierto grado de asimilación desprende un tufo a coerción física o psicológica[58]. Esta reacción es a tal punto universal, que la expresión «imperialismo cultural» se ha difundido con gran rapidez. Y es una reacción que se refuerza a sí misma, ya que exacerba la susceptibilidad étnica y lleva a considerar ofensivo lo que ayer se tenía por inocuo. De tal suerte, las tensiones étnicas se magnifican y las tenues posibilidades de llevar a cabo la asimilación se desvanecen aún más.

En conclusión, puede decirse que las analogías trazadas con la experiencia estadounidense suelen ser engañosas. Una cosa es que una proporción relativamente pequeña de personas se alejen voluntariamente de su medio cultural para incorporarse a un medio político-cultural ajeno donde la asimilación cultural se percibe positivamente, en tanto que requisito indispensable del éxito; pero es muy distinta una situación caracterizada por la coexistencia de dos o más grupos grandes que se hacen fuertes en un territorio al que consideran su patria tradicional y su reserva cultural. Y éste suele ser el trasfondo de la gran mayoría de los enfrentamientos interétnicos.

6. **Deducir erróneamente que el hecho de que el aumento de las comunicaciones y los transportes contribuya a difuminar las diferencias culturales entre las regiones de un Estado en el que básicamente predomina una sola cultura, significa que el mismo proceso se repetirá en situaciones en las que están implicadas dos o más culturas distintas.** No es necesario demostrar que el aumento de los contactos entre las regiones de los Estados Unidos ha debilitado las culturas políticas regionales distintivas (*sectionalism*). Los medios de comunicación de ámbito estatal (en particular, la televisión y el cine), los movimientos de población interregionales, la difusión geográfica de la industria y sus productos, así como la creciente estandarización de la educación han tendido a homogeneizar los Estados Unidos. Entre los factores que dan claro testimonio de esta tendencia pueden citarse el atenuamiento del «efecto regional» distintivo en los patrones de voto que antes caracterizaba al país («el bloque del Sur» *[the Solid South]* demócrata y la Nueva Inglaterra norteña republicana, por ejemplo) y la progresiva eliminación de la singularidad de las costumbres locales en cuanto a los dialectos, el humor, la vestimenta y la música. Pero cuando no nos ocupamos de variaciones dentro de un solo grupo cultural, sino de varios grupos culturales distintos y autodiferenciados, el aumento de los contactos, como ya se ha dicho, tiende a generar tensiones en lugar de armonía. El aumento de los contactos ha incrementado la discordia entre vascos y castellanos, checos y eslovacos, rusos y ucranianos, valones y flamencos, galeses e ingleses, canadienses francoparlantes y angloparlantes, serbios y croatas. Y lo mismo puede decirse con respecto a los diversos

[58] La necesidad de hablar bien la lengua dominante para obtener un puesto decente en la administración central es un ejemplo común.

grupos de Tailandia y Etiopía. El incremento de los contactos suele tener un efecto en los entornos uniculturales y otro muy distinto en las zonas de diversidad cultural[59].

7. **La presunción de que la asimilación es un proceso unidireccional.** Si partimos del supuesto de que la asimilación es irreversible, cualquier avance demostrado de la asimilación se convierte en un logro irrevocable y en fundamento del optimismo. En el Reino Unido, donde los pueblos escocés y galés estuvieron inmersos durante generaciones en un proceso continuo de aculturación y llegaron a una asimilación lingüística casi completa, y donde la identidad nacional británica era una noción cargada de significado para la mayoría de los escoceses y galeses, la autoridades se mostraron durante muchos años prácticamente unánimes en su convicción de que la homogeneidad de la identidad se había logrado de una vez por todas[60]. Pero el súbito resurgimiento de los nacionalismos escocés y galés en la década de los sesenta demuestra que el proceso de asimilación puede invertirse siempre que el aliento de la identidad étnica supuestamente asimilada no se haya extinguido por completo.

8. **La interpretación de la falta de enfrentamientos étnicos como signo indicador de la existencia de una sola nación.** La existencia de una sola conciencia nacional compartida por todos los sectores de la población de un Estado *no* puede deducirse de la mera ausencia de enfrentamientos étnicos. Llegar a una conclusión de tal índole siempre es arriesgado pues, así como el fervor con que se abraza el nacionalismo étnico y la forma en que se manifiesta varían sustancialmente de un individuo a otro, también varían con el transcurso del tiempo en el caso de las naciones. Casi nadie sostendría que el nacionalismo alemán ha muerto, si bien es evidente que desde la década de los treinta se ha aplacado y se ha canalizado por distintas vías. A los períodos en que el nacionalismo adopta formas más pasivas pueden seguirles otros de nacionalismo militante y viceversa. Por otro lado, las relaciones bilaterales entre los grupos étnicos fluctúan tanto como las relaciones interestatales; se sitúan a lo largo de un continuo que va de la relación genocida a la simbiosis. Aunque Canadá y los Estados Unidos hayan coexistido en pacífica vecindad durante muchas generaciones,

[59] La relación inversa hace que el empleo del término *regionalismo* resulte un sustituto particularmente inadecuado y peligroso de *nacionalismo étnico*.

[60] Richard Rose se cuenta entre esos especialistas. En 1964, observaba que «la política actual del Reino Unido está muy simplificada por la ausencia de divisiones importantes con respecto a la etnicidad, la lengua o la religión [...] La solidaridad del Reino Unido de hoy día puede deberse a un conjunto fortuito de circunstancias históricas; aún así, es real e importante» (*Politics in England*, Boston, 1964, pp.10 y 11). Pero en 1970, la situación se había modificado tan drásticamente que el profesor Rose publicó un libro con el título de *The United Kingdom as a Multi-National State*. En la página 1, Rose cita a A.S. Amery, Samuel Beers, Harry Eckstein, Jean Blondel y S.E. Finer como ejemplos de escritores que en tiempos recientes no han logrado detectar la importancia potencial de las divisiones étnicas del Reino Unido. Estos autores no constituyen de ninguna manera una excepción por el hecho de no haber previsto el gran cambio de actitudes que estaba a punto de producirse en Escocia y Gales. Véase, por ejemplo, el capítulo 1 de este volumen, donde el autor de esta obra reconocía la fuerza inminente de la idea nacionalista escocesa, pero también la infravaloraba. Véase, también, J.D. Mackie: *A History of Scotland*, Baltimore, 1964, pp.367-370, donde un autor escocés tampoco reconoce la fuerza sumergida pero a punto de aflorar del nacionalismo escocés.

ello no significa que constituyan un solo Estado. Del mismo modo, la ausencia de hostilidades entre dos grupos étnicos vecinos no indica la inequívoca presencia de una única identidad transgrupal. Ya hemos señalado que diversos grupos étnicos pueden coexistir, al menos durante algún tiempo, en el seno de un sola estructura política. Entre los factores relevantes en este tipo de situaciones cabe mencionar el grado de conciencia de la propia cultura, la forma en que la minoría percibe la magnitud y el carácter de las amenazas contra la conservación de su grupo como entidad singular, así como la reputación que el gobierno se haya labrado al responder con mayor o menor dureza a los actos de «traición». Mas, en cualquier caso, la coexistencia —aun cuando sea pacífica— no debe tomarse como prueba de la existencia de una nación única.

El error de interpretación consistente en creer que la falta de conflictos entre los grupos étnicos es un indicador de la unidad nacional no sólo se ha cometido con respecto a situaciones pacíficas. Otra apreciación inexacta común es atribuir una sola conciencia nacional a movimientos militantes que encuadran en sus filas a miembros de grupos étnicos diferentes. La conciencia étnica no se convierte de manera automática en obstáculo para desarrollar una acción coordinada, o incluso conjunta o integrada, contra un enemigo que se estima común, ni tampoco una acción en pro de la consecución de un objetivo deseado por todos. Es posible, y ocurre a menudo, que diversos grupos étnicos marchen bajo el mismo estandarte y coreen las mismas consignas. Ahora bien, muchas veces se ha cometido el error de identificar esos movimientos conjuntos como manifestación de un nacionalismo único que abarca a todos los grupos aliados. En la época de decadencia del colonialismo, por ejemplo, diversos sectores de la población de la India británica coincidieron en el deseo de liberar al subcontinente del dominio extranjero y el movimiento resultante en pro de la supresión del gobierno británico se identificó generalmente con el nacionalismo indio (subdividiéndolo a partir de 1930 en dos nacionalismos: el hindú y el musulmán). Se habría hecho mayor justicia a la realidad si se hubiera descrito ese movimiento como una alianza en tiempos de guerra, similar en muchos aspectos a las que entablan los Estados. Así como las alianzas interestatales tienden a debilitarse gradualmente a medida que la amenaza común se va desvaneciendo y la consecución del objetivo se ve más próxima, una vez que los británicos anunciaron su intención de retirarse de sus dominios, los lazos interétnicos entraron en un proceso sostenido de deterioro dentro de los nuevos Estados poscoloniales. Hoy día siguen existiendo movimientos multiétnicos anticoloniales en el puñado de colonias que aún no se han liberado, como Angola y Mozambique*. Son asimismo muy frecuentes en una serie de situaciones poscoloniales en diversas regiones, como Birmania [Myanmar], el norte de Borneo, Nueva Guinea occidental y en toda la cordillera indochina. Todas estas alianzas étnicas están compuestas por varios movimientos nacionales, mas ninguna coincide con una sola nación. Ahora bien, el que no exista discordia étnica entre los diversos grupos étnicos —bien porque simplemente no se enfrentan, bien porque cooperan entre sí— no puede tomarse como prueba de la existencia de una conciencia nacional común.

* Tanto Angola como Mozambique lograron independizarse a mediados de los años setenta.

La tendencia a interpretar como unidad étnica la ausencia de conflictos étnicos declarados ha tenido una influencia importante en las teorías de la «construcción de la nación». Contribuye asimismo a explicar el hábito muy común de describir Europa occidental como una región compuesta por Estados totalmente integrados, cuando, como hemos visto, la situación es muy otra. Así, Europa occidental se pone como modelo de algo que no es, se esgrime como prueba de la posibilidad de conseguir en otros lugares algo que ni ella misma ha logrado[61]. Otra consecuencia de esta tendencia es la costumbre de analizar los estallidos del nacionalismo étnico con teorías *ad hoc*, en lugar de considerarlos manifestaciones contemporáneas de un fenómeno global e histórico. El desencadenamiento de hostilidades étnicas en Malasia, Jamaica, Burundi, España o Canadá se consideran como casos aislados y la mayoría de los observadores no tardan en olvidarlos una vez que se restablece una situación más pacífica. Por ello, la ubicuidad y la relevancia del nacionalismo étnico no llegan a reconocerse por lo que son.

9. La comprensión errónea del tiempo cronológico y del desarrollo de los sucesos cuando se analizan los fenómenos contemporáneos por analogía con las experiencias asimilacionistas previas a la «era del nacionalismo». Cuando los expertos invocan con entusiasmo el ejemplo de las naciones de Europa occidental y de Asia oriental constituidas a partir de elementos étnicos muy dispares, olvidan que los modelos previos al siglo XIX pueden no resultar pertinentes en la situación actual. Nunca se citan ejemplos importantes de asimilación posteriores al inicio de la era del nacionalismo y a la propagación del principio de autodeterminación de las naciones.

En conjunto, puede afirmarse que los pueblos que antes del siglo XIX se dejaron seducir por los halagos de otras culturas (los pueblos que se convirtieron en «ellos») no tenían conciencia de pertenecer a un grupo cultural peculiar y orgulloso de sus propias tradiciones y mitos. En ese contexto, no había una competencia fuerte para lograr la lealtad de los grupos. En nuestros días, por el contrario, los pueblos del mundo tienen por lo general más presente su pertenencia a un grupo con un origen mítico singular, unas costumbres y creencias peculiares, y tal vez una lengua propia, todo lo cual les diferencia de los demás grupos y permite al individuo común responder intuitiva e inequívocamente a la pregunta: «¿Tú qué eres?». La respuesta espontánea: «Soy luo», en

[61] Véanse en el capítulo 1 de este volumen una serie de ejemplos de esta tendencia a confundir la ausencia de enfrentamientos étnicos con la existencia de Estados-nación en toda Europa Occidental. Entre quienes han incurrido en este error se cuentan figuras tan notables como John Stuart Mill, Lord Acton, Ernest Barker y Alfred Cobban; su error de apreciación afectaba, entre otros lugares, al Reino Unido, a Bélgica, a Suiza y a España. De igual forma, el perspicaz Frederick Engels escribió en una ocasión: «Los gaélicos de las tierras altas (los escoceses) y los galeses pertenecen sin duda a nacionalidades distintas de la británica, pero *nadie* atribuiría a estos vestigios de pueblos *desaparecidos hace mucho tiempo* el título de nación, como tampoco se lo otorgarían a los habitantes célticos de la Bretaña francesa» (Citado en Roman Rosdolsky: «Worker and Fatherland: A Note on a Passage in the Communist Manifesto», *Science and Society*, 29, 1965, p.333; énfasis añadido). En su obra más reciente, *Nationalism and Its Alternatives*, Karl Deutsch también pone Europa occidental de modelo de región con Estados bien integrados. Y en ambas ediciones de *Nationalism and Social Communication*, Deutsch afirma que los bretones, los escoceses, los flamencos, las francocanadienses, los francosuizos, los germanosuizos y los galeses están totalmente asimilados.

lugar de keniano, o «bengalí», en vez de paquistaní, no presagia nada bueno para el arquitecto del Estado-nación.

Ya hemos visto que las razones de que la conciencia étnica se haya intensificado desde comienzos del siglo pasado son múltiples, siendo una de ellas el aumento de la frecuencia, el ámbito y la variedad de los contactos interétnicos e intraétnicos. Desde la perspectiva del «tiempo asimilacionista» (el período requerido para que se lleve a término la asimilación total), la radio, el teléfono, el tren, los vehículos de motor y los aeroplanos son innovaciones recientes, posteriores al comienzo de la era nacionalista y a la implantación de la etnicidad como criterio de legitimidad política. Como se ha señalado, la posibilidad de que las comunicaciones modernas hagan desaparecer la conciencia étnica está respaldada por una evidencia muy escasa, mientras que en el sentido contrario la evidencia abunda. Antes del siglo XIX, puede decirse que predominó la tendencia hacia la asimilación para formar una serie de naciones grandes, pero desde entonces parece haberse impuesto la tendencia a la conservación de los grupos étnicos existentes. Por ello, el empleo de ejemplos del pasado debe realizarse con la máxima cautela.

10. La comprensión errónea de la duración del proceso de asimilación, que impide comprender que los intentos de abreviar el «tiempo asimilacionista» mediante el aumento de la frecuencia y del ámbito de los contactos pueden desencadenar una reacción negativa. Aun cuando se salvara el obstáculo planteado por la deficiente comprensión del tiempo cronológico, aún quedaría por resolver la cuestión del tiempo necesario para la asimilación. El reavivamiento del nacionalismo escocés viene a demostrar que la asimilación absoluta de un pueblo grande, que está en mayoría en un territorio concreto, requiere un período de tiempo largo, que se prolongue durante varias generaciones. Para llegar a buen término, el proceso de asimilación debe ser muy gradual y llevarse a cabo de manera discreta y apenas perceptible[62]. Puesto que la identidad étnica es esencialmente psicológica y pasa por la aceptación de la propia manera de ser, la intensificación de los contactos, ya sea accidental o programada, además de no acelerar el proceso, puede resultar contraproducente. Por su contingente numérico, los chinos han demuestran ser los asimiladores de mayor éxito de la historia; pero el proceso de sinificación de numerosos pueblos costeros y ribereños de China se realizó a lo largo de muchos siglos. Los esfuerzos programados a partir de 1949 para acelerar el proceso de sinificación de las minorías restantes han tenido el efecto contrario de fomentar la conciencia étnica y el resentimiento contra los han. También la Unión Soviética, después de más de medio siglo de asimilación programada, se enfrenta a una «cuestión nacional» sin resolver y cada vez más espinosa. Se diría, asimismo, que el redoblamiento de los esfuerzos del régimen franquista por erradicar la autoconciencia de vascos, catalanes y gallegos sólo ha logrado potenciarla. En lugar de abreviar el proceso de asimilación, la intensificación de los contactos parece suscitar rechazo psicológico. Las variaciones en el ritmo

[62] Esta aseveración se basa en la premisa de que el gobierno no está dispuesto a adoptar medidas tan extremas como trasladar a la fuerza a la población u obligarla a contraer matrimonios mixtos.

de los contactos pueden decidir si un pueblo avanzará despacio hacia la asimilación o deprisa hacia el etnocentrismo.

Si esta es la relación que existe entre la asimilación y el tiempo asimilacionista, habría que albergar grandes dudas con respecto a la posibilidad de someter a la ingeniería social el proceso de asimilación. La planificación se orienta antes a la acción que a la inacción, y suele actuar en el tiempo de vida de una generación y no en el de varias generaciones. Y, lo que es más importante, la modernización tiende a imponer su propio calendario. Los avances tecnológicos y otras fuerzas modernizadoras llevan incorporado un mecanismo de aceleración que provoca un continuo «encogimiento del mundo» y de sus Estados tal como están definidos actualmente. Así pues, la frecuencia y la ubicuidad de los contactos intergrupales parecen estar destinadas a aumentar en progresión geométrica, sin que en ello influyan los deseos del planificador.

11. La confusión de los síntomas con las causas. Los textos teóricos sobre la integración política suelen pecar de optimismo, como ya se ha apuntado antes. Ahora bien, a medida que los Estados de nueva creación demostraban poseer una cohesión menor de la prevista, las explicaciones de su desintegración política han ido menudeando más y más. Pero en muchas de estas explicaciones se toman por causas últimas de la decadencia política algunos de sus síntomas y algunos de los factores de escasa importancia que han contribuido a fomentarla.

Por ejemplo, un estudio sobre la decadencia política en el África subsahariana[63], enumera entre sus causas, además del colonialismo y el neocolonialismo,

a) la sobrevaloración de la fuerza real del gobierno centralizado;
b) el debilitamiento de los «partidos de masas»;
c) la reducción de la movilización política;
d) la disminución de los vínculos entre el gobierno estatal y sectores de la población;
e) la incapacidad del Estado para satisfacer las necesidades percibidas de la población;
f) la pérdida del aura carismática que antaño poseyeran las figuras políticas más notables, y
g) la existencia de un «impulso pretoriano».

Esta lista no incluye la cuestión de la lealtad fundamental, ni tampoco la identidad étnica. Por otro lado, es evidente que los factores enumerados no son causas sino síntomas (a, b, d, e, f) o factores de escasa importancia cuya pertinencia se limita a unas cuantas situaciones específicas (c y g). Para identificar la causa original de la desintegración política habría que preguntarse *por qué* se tenía una idea exagerada del poder el gobierno central, *por qué* los partidos de

[63] Christian Potholm: «Political Decay in Post-Independence Africa: Some Thoughts on its Causes and Cures», ponencia presentada en el Congreso Anual de la New York State Political Science Association, 1970.

«masas» demostraron ser inestables, *por qué* el gobierno no consiguió establecer vínculos sólidos con todos los sectores de la población y *por qué* las figuras de «los padres de la patria» perdieron su popularidad.

La causa primordial de la desunión política es la falta de unas coordenadas psicológicas compartidas por todos los sectores de la población. La homogeneidad étnica no garantiza por sí sola ese tipo de consenso, como lo demuestran las disensiones internas de Vietnam. Mas en el caso del Estado multinacional, ya se ha señalado que la identidad primaria de la mayoría de los habitantes no se extiende más allá del grupo étnico. Y, con algunas excepciones, los nuevos Estados son multiétnicos.

Retomemos ahora el ejemplo del África subsahariana con objeto de ilustrar la importancia de la conciencia étnica en tanto que impedimento de la integración política del Estado multiétnico. El nacionalismo étnico es a todas luces el hecho político de mayor trascendencia en esta región y las identidades fundamentales en las que se basa serán de gran ayuda para responder a las preguntas que hemos planteado. La fuerza de los gobiernos centrales se sobrevaloró en un principio porque no se tuvo en cuenta que, en general, la lealtad de la gente rara vez se extendía más allá de su propio grupo étnico; tanto fue así que, a pesar de la brevedad de la historia poscolonial subsahariana, una proporción elevadísima de Estados (más de un tercio) ya han experimentado la fragmentación étnica en su forma más exacerbada: la guerra civil entre facciones étnicas[64]. En la mayoría de los Estados los partidos de masas se han utilizado fundamentalmente como medio de encubrir las rivalidades étnicas, sin sustentarse en la identificación del individuo con el partido[65]. Y en lo tocante a las figuras de los «padres de la patria», en términos generales, sólo han conservado su ascendiente sobre quienes los veían como líderes étnicos; así, por ejemplo, Kenyatta sigue conservando su carisma ante los kikuyus, y tiene problemas con los luos y con otros grupos que lo consideran ante todo un kikuyu[66].

[64] Burundi, Camerún, Chad, Congo (Kinshasa), Costa de Marfil, Etiopía, Kenia, Nigeria, Ruanda, Sudán, Tanzania (Zanzíbar), Uganda y Zambia. El Congo (Brazzaville) también vivió una guerra étnica en vísperas de su independencia, y, en Ghana, Nkrumah sofocó los movimientos separatistas ashanti y ewe al comienzo de su gobierno. Los golpes de Estado que tuvieron lugar en Dahomey y Sierra Leona también se justificaron alegando que su propósito era evitar una guerra étnica. En Liberia, el gobierno de Tubman declaró culpable a un oficial de haber conspirado para desencadenar una guerra civil étnica. La etnicidad también desempeña un papel importante en la lucha contra s portugueses librada en Angola y en Mozambique, mientras que en el francés Territorio de los fars y los Issas [Djibouti] también ha habido violencia étnica.

[65] Edward Feit dijo en cierta ocasión que los partidos políticos africanos eran «la prolongación de las guerras tribales por otros medios». Véase asimismo sus comentarios sobre este asunto en «Military Coups and Political Development: Some Lessons from Ghana and Nigeria», *World Politics*, 20, 1968, p.184.

[66] Aunque no haya ocurrido en un Estado africano, el derrocamiento de Norodom Sihanouk es un ejemplo muy instructivo relativo a una figura muy popular que durante muchos años desempeñó conscientemente el papel de gran líder nacional (léase «étnico») y fue visto así por el pueblo jemer de Camboya. Después del golpe palaciego que derrocó a Sihanouk, era esencial para los líderes sublevados que la lealtad jemer a Sihanouk se transfiriera sin demora al nuevo gobierno. Con este objetivo, el nuevo gobierno difundió una serie de acusaciones contra la personalidad y la historia de Sihanouk, la mayoría de las cuales eran falsas o exageradas. Ahora bien, la acusación más efectiva resultó ser la de que Sihanouk había sido «blando con los vietnamitas», al permitir que el Viet Cong y otros vietnamitas violaran con impunidad el territorio patrio jemer. Esta acusación, unida a la intensiva campaña para fomentar el odio contra la etnia vietnamita, situó a Sihanouk en un dilema: cómo seguir siendo el paladín del nacionalismo jemer a la vez que entablaba una alianza con Hanoi y el Viet Cong, una alianza que le era indispensable para oponerse a las fuerzas armadas que el nuevo gobierno camboyano tenía a su disposición. Así pues, la estraregia contra Sihanouk consistió en volver el nacionalismo étnico jemer contra quien fuera su mayor líder, acusándole de traidor y de estar promoviendo la causa de un enemigo étnico histórico.

No está de más repetir que la homogeneidad étnica no basta por sí misma para garantizar unos vínculos de unión tan inquebrantables que puedan resistir los efectos de las fuerzas disgregadoras. Así pues, el estudio de los componentes de una identidad eficaz debiera tener en cuenta el impacto de las instituciones, las oportunidades económicas, la geografía, la alfabetización, la urbanización y otra miríada de factores. Ahora bien, la experiencia pasada y presente de los Estados multiétnicos parece indicar de manera inequívoca que probablemente la nación étnica es la que señala los límites externos de dicha identidad. Si se cree que hay una manera viable de transferir la identificación y la lealtad fundamentales de la nación al Estado, o si se vislumbran métodos de dar cumplimiento a las aspiraciones nacionales en el seno de un Estado multiétnico, ciertamente hay que indagar en esas posibilidades. Mas lo que debe evitarse a toda costa es ocultar la potente fuerza disgregadora del particularismo étnico atribuyendo a sus síntomas el importante papel que desempeña.

12. La predisposición del analista. El último punto de esta lista de factores que contribuyen a la infravaloración general de las repercusiones del nacionalismo étnico es el que resulta más difícil de documentar, siendo así que se trata de la influencia que sobre la percepción del analista pueden tener los ideales que abraza. A la vista de las numerosas e inequívocas manifestaciones del nacionalismo étnico que nos ofrecen África y Asia —y el resto del mundo—, es difícil comprender por qué muchos estudios sobre el desarrollo hacen caso omiso de ellas o se limitan a tratarlas superficialmente. Las once consideraciones precedentes no bastan, ni siquiera en conjunto, para explicar por qué no se reconoce la trascendencia del factor étnico. Por ello, parece imponerse la conclusión de que la predisposición de los analistas también está en juego; que el «constructor de la nación» abriga los mejores deseos para los pueblos de su área de estudio; que está convencido de que el bienestar de los pueblos va necesariamente unido al Estado tal como está constituido actualmente, y que su compasión le ha llevado a distorsionar su manera de percibir las cosas, de suerte que, ajeno a la situación real, considera que las tendencias que estima deseables son las que de hecho existen. Si el nacionalismo étnico no es compatible con su visión, hace como si no existiera. El miedo a que dar publicidad al nacionalismo étnico contribuya a reforzarlo es otra razón concomitante para eludir su análisis. En ambos casos, los hechos indeseables o bien se pasan por alto, o bien se descartan a la ligera. Y aunque esta actitud pueda estar justificada para el planificador político, nunca lo estará en el caso del estudioso.

CAPÍTULO 4

EL CAOS TERMINOLÓGICO

Después de examinar las deficiencias de los estudios sobre el desarrollo político, vamos a pasar a ocuparnos de algunas de las principales razones que han dificultado a los estudiosos la labor de reconocer y valorar la fuerza del etnonacionalismo. El lector recordará que en la lista de doce motivos de este tipo formulada en el capítulo 2 («¿Construcción o destrucción de la nación?»), se concedía el primer puesto al «empleo equívoco de los términos fundamentales nación y Estado como si fueran intercambiables». El capítulo que viene a continuación se escribió inmediatamente después de «¿Construcción o destrucción de la nación?» con objeto de profundizar en el análisis del problema que plantea el uso negligente de la terminología. Este texto se presentó en el Congreso Anual de 1971 de la Northeastern Political Science Association.

UNA NACIÓN ES UNA NACIÓN, ES UN ESTADO, ES UN GRUPO ÉTNICO, ES...*

A la vista de los acontecimientos de la última década, incluso los observadores más circunstanciales de la política mundial han comprendido que el etnonacionalismo constituye una amenaza importante y creciente para la estabilidad política de la mayoría de los Estados. En lugar de presenciar una evolución de comunidades estatales o supraestatales estables, el observador de la política global ha sido testigo de una sucesión de situaciones conflictivas entre lealtades rivales, en las que los pueblos han demostrado que el sentimiento intuitivo de vinculación a una subdivisión informal y no estructurada del género humano es mucho más profundo y poderoso que los vínculos que los unen a la estructura formal y legalista del Estado al que pertenecen. La violencia a gran escala que ha tenido lugar recientemente o aún está teniendo lugar en numerosos Estados del Tercer Mundo, como Birmania [Myanmar], Burundi, Chad, Etiopía, Filipinas, Guyana, India, Irak, Kenia, Malasia, Nigeria, Paquistán, Sudán, Tailandia, Turquía y Uganda —por mencionar sólo algunos de los Estados afectados— da amplio testimonio del fracaso general de los gobiernos en su empeño de inducir a un sector importante de la ciudadanía a transferir su lealtad primaria de una agrupación humana al Estado[1]. Tampoco los Estados del Primer Mundo, más integrados tecnológicamente, han demostrado ser inmunes a este problema: Austria, Bélgica, Canadá, Dinamarca, Francia, Italia, Holanda, el Reino Unido y Suiza han vivido disturbios de origen étnico[2]. Y aunque los Estados marxista-leninistas del Segundo Mundo declaran oficialmente que, en virtud de una fiel aplicación de los consejos de Lenin para debilitar el nacionalismo, han logrado resolver lo que ellos denominan la «cuestión nacional», lo cierto es que la agitación de los grupos nacionales es un factor fundamental de la política interior y exterior de la Unión Soviética, China, Checoslovaquia, Laos, Rumania, Vietnam y Yugoslavia[3].

Muy pocos son los estudiosos que pueden afirmar que, cuando menos, previeron la posibilidad de que esta tendencia se manifestara. La perspectiva que se impuso durante las dos primeras décadas que siguieron a la Segunda Guerra Mundial sostenía

1. que los Estados que estaban creándose en el Tercer Mundo ganarían la batalla de la lealtad a la fidelidad «tribal»;

* Traducido de Walker Connor: «A Nation is a Nation, is a State, is an Ethnic Group, is a...», *Ethnic and Racial Studies*, 1, 1978, pp. 377-400. Copyright © 1978 Routledge Journals.

[1] Se encontrará una lista más completa de los Estados asiáticos e información complementaria en el artículo del autor de este libro «An Overview of the Ethnic Composition and Problems of Non Arab Asia», *Journal of Asian Affairs*, 1, 1976, pp.9-25. Con respecto a los Estados africanos, véase el capítulo 2 de este volumen.

[2] Para ampliar la información, véanse el ensayo del autor de este libro «The Political Significance of Ethnonationalism within Western Eutope», en Abdul Said y Luis Simmons (comps.): *Ethnicity in an International Context*, Edison (Nueva Jersey), 1976, pp.110-133, y el capítulo 7 de este volumen.

[3] Véase la obra del autor de este libro *The National Question in Marxist Theory and Strategy*, Princeton, 1984, para ampliar la información.

2. que la Segunda Guerra Mundial había enseñado a los pueblos de Europa occidental que el nacionalismo era un interés demasiado estrecho de miras para la era moderna y que, en consecuencia, la conciencia supranacional y supraestatal de ser europeo estaba convirtiéndose rápidamente en la identidad básica de los habitantes de la región; y
3. que la(s) estructura(s) marxista-leninista, «monolítica» y altamente centralizada, combinada con el efecto del adoctrinamiento del pueblo en los principios de la ideología marxista-leninista, habían restado toda relevancia a fenómenos como el etnonacionalismo.

Los motivos por los que tantos estudiosos no han logrado prever la resistencia a la que de hecho ha tenido que enfrentarse la integración del Estado son múltiples. En otro lugar, el autor de esta obra ha hecho una lista de doce motivos que se solapan y se refuerzan[4], lista que sin duda podría prolongarse. Mas el propósito de este capítulo es exponer que el factor fundamental que da cuenta de la divergencia entre las expectativas de los estudiosos y la realidad de los hechos ha sido que la naturaleza del nacionalismo no ha llegado a comprenderse.

El error básico de los estudios académicos sobre el nacionalismo ha sido la tendencia a equiparar el nacionalismo con el sentimiento de lealtad al Estado y no con la lealtad a la nación. Esta confusión ha hecho que los estudiosos supusieran que la relación entre nacionalismo e integración estatal es funcional y constructiva, en lugar de disfuncional y destructiva. Y como hay un acuerdo general sobre el hecho de que el nacionalismo sigue siendo un factor motivacional poderoso y dominante, se ha considerado que el vínculo del nacionalismo con el Estado garantizaría la victoria de este último sobre todos los elementos que rivalizan con él para lograr la lealtad de los habitantes del Estado.

El error de equiparar nacionalismo con lealtad al Estado deriva de una enfermedad terminológica general que afecta al estudio de la política global. Sería difícil nombrar cuatro palabras más esenciales para la política mundial que Estado, nación, Estado-nación y nacionalismo. Pero, pese a su relevancia, estos cuatro términos han estado envueltos en la mayor ambigüedad debido a su uso impreciso, incoherente y, muchas veces, totalmente erróneo. En 1939, un estudio del nacionalismo realizado por el Royal Institute of International Affairs señalaba que «entre las dificultades que pesan sobre el estudio del "nacionalismo", el lenguaje ocupa la primera posición»[5]. Y durante las cuatro décadas transcurridas desde entonces, la selva lingüística en la que está inmerso el concepto de nacionalismo no ha hecho sino espesarse.

Resulta especialmente paradójico que se tolere el empleo erróneo generalizado de los términos esenciales en una época en que tantas autoridades de la disciplina que nos ocupa han hecho hincapié en la necesidad de emplear un vocabulario más preciso y científico. Karl Deutsch ha elogiado los grandes avances realizados en este sentido:

[4] Véase el capítulo 2 de este volumen.

[5] *Nationalism: A Report by a Study Group of Members of the Royal Institute of International Affairs*, Londres, 1939, p.xvi.

> En las ciencias, incluidas las ciencias sociales, una palabra no es más que un sonido a menos que, más pronto o más tarde, llegemos a emplearla para que nos conduzca a un procedimiento que nos indique si a esa palabra le corresponde un suceso o un hecho determinados. El significado de las palabras queda definido por sus límites, por un conocimiento preciso tanto de a qué no corresponden como de a qué corresponden. Una palabra que puede aplicarse a cualquier cosa no tiene sentido para la ciencia [...] Hoy día, cuando alguien habla de los «nativos», de inmediato se plantean las preguntas: «¿cómo define usted a los "nativos"?», «¿cómo sabe quién es un nativo?». Y esas mismas preguntas surgen cuando hablamos de «trabajadores», de «patriotas», o de cualquier clasificación social general de la misma índole. No podemos seguir utilizando a la ligera este tipo de términos[6].

Pero a pesar de este tributo a la precisión terminológica, la propia obra del profesor Deutsch está salpicada de ejemplos de un uso inadecuado y contradictorio de los cuatro términos que hemos calificado de cruciales[7]. Si mencionamos al profesor Deutsch, *no* lo hacemos porque haya sido particularmente descuidado en este sentido, sino para ilustrar la envergadura del problema en cuestión. El hecho de que un destacado estudioso del nacionalismo, que además abraza la causa de la precisión léxica, utilice incorrecta e incoherentemente estos términos fundamentales, indica hasta qué punto se ha llegado a imponer el uso erróneo de la terminología.

Una de las manifestaciones más comunes del abuso de la libertad terminológica es el empleo de los términos Estado y nación como si fueran intercambiables. Esta tendencia resulta desconcertante porque, en un nivel determinado de la conciencia, la mayoría de los estudiosos saben muy bien cuáles son las diferencias básicas entre ambos conceptos. El Estado es la principal subdivisión política del mundo. Así las cosas, no es difícil definirlo y, lo que es más importante para el tema que nos ocupa, también es fácil conceptualizarlo en términos cuantitativos. A modo de ejemplo, Perú puede definirse de una manera conceptual sencilla diciendo que es una unidad político-territorial compuesta por los dieciséis millones de personas que habitan en los 827.122 km² situados junto a la costa occidental de Sudamérica entre los 69° y 80° de longitud oeste y los 2° y 18° 21' de latitud sur.

Definir la nación y formarse una idea de en qué consiste es mucho más difícil porque la esencia de la nación es intangible. Dicha esencia es el vínculo psicológico que une a un pueblo y, en la convicción subconsciente de sus miembros, lo distingue de una forma fundamental del resto de los pueblos. La naturaleza de ese vínculo y sus fuentes continúan siendo oscuros e inaprensibles, y la consecuente dificultad de definir la nación suele ser reconocida por quienes abordan dicha tarea. Por ello, un popular diccionario de Relaciones Internacionales describe así la nación:

> Un grupo social que comparte una ideología común, unas instituciones y costumbres comunes, así como un *sentimiento* de homogeneidad. Es difícil definir la «nación» con suficiente precisión para distinguirla de otros grupos, como las sectas religiosas, que presentan algunas características similares. Ahora bien, en la nación también está presente un fuerte *sentimiento* grupal de pertenencia, asociado con un territorio concreto que el grupo considera singularmente suyo[8].

La palabra clave de esta definición particular es *sentimiento*, mientras otras autoridades la sustituyen por *sensación* o *intuición*, pero, en todo caso, las *definiciones* de nación suelen reconocer adecuadamente la esencia abstracta de la nación. Ahora bien, después de llamar la atención sobre ese vínculo psicológico esencial, apenas se intenta profundizar en él. En efecto, después de definir la nación como un fenómeno esencialmente psicológico, las autoridades pasan a emplear el término nación como ya se ha dicho, esto es, como sinónimo del concepto muy distinto y perfectamente tangible de Estado.

Incluso cuando *nación* se emplea en su estricta acepción apolítica de colectivo humano, la ambigüedad que envuelve su naturaleza no se disipa. ¿Cómo se distingue la nación de otros colectivos humanos? La definición que se ha citado anteriormente hablaba de «un sentimiento de homogeneidad». Otros hablan de sensación de identidad, de unidad, de pertenencia o de conciencia de grupo. Mas todas estas definiciones pecan de exceso de prudencia y no llegan a diferenciar la nación de otros muchos tipos de grupos; así las cosas, es posible pensar que tanto los amish, como los pueblos montañeses de los Apalaches o los habitantes de Maine cumplen bastante claramente los criterios establecidos para definir la nación.

Con muy escasas excepciones, los especialistas han evitado describir la nación como un grupo de parentesco y, por lo general, han negado explícitamente que la consanguinidad sea uno de sus elementos constitutivos. Esta refutación se basa en datos que demuestran que la mayoría de los grupos que se declaran naciones tienen una ascendencia genética mixta. Pero, como ya se ha señalado, dicho enfoque no tiene en cuenta la sabiduría de la antigua máxima que afirma que, cuando se analizan las situaciones sociopolíticas, lo que verdaderamente cuenta no es *la realidad*, sino *lo que la gente cree que es real*. Y la creencia subconsciente en los orígenes y la evolución singulares del grupo es un ingrediente importante de la psicología nacional. Cuando alguien declara que es chino, no sólo se está identificando con la cultura y el pueblo chinos de hoy día, sino con el pueblo chino y sus actividades a lo largo de la historia. En

[6] Karl Deutsch: *Nationalism and Its Alternatives*, Nueva York, 1969, p.138.

[7] *Ibid.* *Nación* se utiliza, por ejemplo, para referirse a (a) el conjunto de la población de un país, sea cual sea su composición etnonacional (pp.23 y 33); (b) a la parte asimilada de la población de un país (pp.40 y 43); (c) al Estado (pp.32, 33 y 79), y (d) a determinados Estados multinacionales como Bélgica y Suiza (p.70). *Estado-nación* comienza por definirse correctamente: «un Estado que ha llegado a identificarse casi por completo con un pueblo» (p.19), pero después se emplea indiscriminadamente para referirse a todos los Estados (pp.32, 33, 35, 49, 60, 61, 63, 112, 113, 114, 120, 125, 171, 172 y 176), entre los que se incluyen los Estados multinacionales de Checoslovaquia, Rumania y Yugoslavia (p.62); se emplea asimismo para hablar de un Estado unitario por contraposición a un Estado federal (p.120). Por *nacionalidad* se entiende identidad etnonacional (pp.54 y 68) y también ciudadanía (p.125). *Nacionalismo* se refiere a «el interés por los conciudadanos, por los compatriotas» (p.25), sin establecer diferencias etnonacionales, y, sin embargo, el autor habla de nacionalismo de las minorías (p.53).

[8] Jack C. Plano y Roy Olton: *The International Relations Dictionary*, Nueva York, 1969, p.119; énfasis añadido. [La cuarta edición, publicada en 1988, no introducía cambios sustanciales en las definiciones de *nación* y de *nacionalismo*.]

1937, el Partido Comunista Chino apelaba así a la creencia en los orígenes y la evolución singulares del pueblo chino:

> Sabemos que para transformar el glorioso futuro en una China nueva, independiente, libre y feliz todos nuestros compatriotas, todos y cada uno de los devotos descendientes de Huang-ti [el legendario primer emperador de China] deben participar resuelta e implacablemente en una lucha concertada [...] Nuestra gran nación china, con una larga historia a su espalda, es inconquistable[9].

La célebre exhortación de Bismark al pueblo alemán —repartido por distintos Estados— para que «pensara con la sangre», fue un intento semejante de activar una vibración psicológica de masas basada en el sentimiento intuitivo de consanguinidad. La nación china —o la alemana— se funda implícitamente en la idea de que en una nebulosa época protohistórica existieron un Adán y una Eva chinos —alemanes—, y que la descendencia de esta pareja ha evolucionado hasta nuestros días prácticamente sin adulterarse. Al reconocer esta dimensión de la nación, numerosos escritores del siglo XIX y comienzos del XX decidieron emplear el término *raza* como sinónimo de *nación*, de manera que en aquellos tiempos las referencias a la raza alemana o a la raza inglesa eran bastante habituales.

Puesto que la nación es más bien un grupo que se define a sí mismo que un grupo definido por los demás, la convicción general en los orígenes singulares del grupo no necesita estar respaldada por datos objetivos, y rara vez lo está. Así pues, un antropólogo puede sentirse satisfecho al demostrar que el pueblo pashtun que habita la región fronteriza entre Afganistán y Paquistán tiene una ascendencia genética múltiple y concluir que ese grupo desciende de los diversos pueblos que han pasado por esa región. Sin embargo, lo importante es que los pashtunes están convencidos de que todos los pashtunes han evolucionado a partir de un origen único y se han conservado prácticamente puros. Esto es algo que se *sabe* de manera intuitiva e incontrovertible, es una cuestión de actitudes y no un hecho; es una cuestión fundada en una convicción, que probablemente no se verá sustancialmente alterada ni siquiera por la aceptación racional de la evidencia contraria de carácter antropológico o de otro orden. Dependiendo del grado de refinamiento del tratado, este tipo de conocimiento sensorial se describirá como «un *a priori*», «una convicción de tipo emocional más que racional», un conocimiento «primordial», «un modo de pensar con el corazón (o con la sangre) en lugar de con la cabeza», o «una reacción "refleja" o de las "entrañas"». Sea cual sea su nomenclatura, esta convicción intuitiva es un atributo extremadamente importante de la idea nacional[10]. Es ella

[9] Conrad Brandt, Benjamin Schwartz y John Fairbank: *A Documentary History of Chinese Communism*, Londres, 1952, p.245; el texto entre paréntesis es un añadido.

[10] Max Weber señala que «el concepto de "nacionalidad" [o "nación"] comparte con el de "pueblo" (*Volk*) —en sentido "étnico"— la vaga connotación de que todo aquello que se siente tener claramente en común debe derivar de una ascendencia común» (Weber: *Economy and Society*, ed. por Guenther Roth y Claus Wittich, Nueva York, 1968, vol.1, p.395). Una antigua definición europea de nación, aunque pretendidamente humorística e irónica, y citada por Karl Deutsch en ese sentido, viene a decir prácticamente lo mismo: «Una nación es un grupo de personas unidas por un error compartido con respecto a su ascendencia y por la común aversión hacia sus vecinos» (Deutsch: *Nationalism and Its Alternatives*, p.3).

la que puede dotar a las naciones de una dimensión psicológica semejante a la de la familia extensa, es decir, de un sentimiento de consanguinidad.

El término *nación* deriva del latín y, cuando se acuñó por vez primera, denotaba claramente la idea de un vínculo de sangre compartido. Nación deriva del participio pasado del verbo *nasci*, que significa nacer. De ahí surge el nombre latino *nationem*, que connota *progenie* y *raza*. Lamentablemente, los términos usados para describir a los colectivos humanos (como raza y clase) invitan al uso desmedido de la licencia literaria y *nación*, ciertamente, no constituye una excepción[11]. En algunas universidades medievales, la *nationem* del alumno designaba la región del país de donde procedía. Pero cuando se incorporó a la lengua inglesa, a finales del siglo XIII, fue en su connotación original de grupo consanguíneo. Un etimologista señala, no obstante, que a comienzos del siglo XVII, *nación* también se usaba para denominar a los habitantes de un país, fuera cual fuese la composición etnonacional de la población, habiéndose convertido en sustituto de otras categorías humanas menos específicas como *pueblo* y *ciudadanía*[12]. Este uso desafortunado se ha conservado hasta nuestros días y explica la frecuencia con que los autores se refieren a la ciudadanía estadounidense denominándola nación estadounidense. Sea lo que fuere el pueblo estadounidense —seguramente algo *sui generis*—, no es una nación en el sentido original del término. Pero el desacertado hábito de llamar nación a los estadounidenses y, de tal suerte, equipararlos con los alemanes, los chinos, los ingleses, etcétera, ha llevado a los estudiosos a establecer analogías erróneas. En efecto, aunque un estadounidense se sienta orgulloso de pertenecer a una «nación de inmigrantes» con una tradición de «crisol», la ausencia de unos orígenes comunes puede dificultarle, cuando no imposibilitarle, la aprehensión instintiva de la idea de nación en la misma dimensión y con la misma claridad con que la aprehende un japonés, un bengalí o un kikuyu. A un estadounidense le resulta difícil comprender lo que significa ser alemán para un alemán o francés para un francés, porque los efectos psicológicos de ser estadounidense no son fácilmente equiparables; algunas de las asociaciones emocionales no están presentes en la condición de ser estadounidense y otras pueden ser muy diferentes.

Ahora bien, mucho más perjudicial para el estudio del nacionalismo ha sido la tendencia a emplear el término nación como sustituto del vocablo Estado, que hace referencia a una unidad jurídico-territorial. Los orígenes de este hábito, que al parecer ya era bastante común a finales del siglo XVII, no son fácilmente discernibles. Se nos ocurren dos explicaciones. Una de ellas estaría relacionada con la rápida difusión de la doctrina de la soberanía popular, acelerada en esa época por las obras de autores como Locke. Al afirmar que *el pueblo* era la fuente de todo poder político, esta doctrina revolucionaria convirtió pueblo y Estado prácticamente en sinónimos. *L'état c'est moi* pasó a convertirse en *l'état c'est le peuple*, y, en conse-

[11] Como ejemplo reciente del uso negligente del término nación véase Jill Johnston: *Lesbian Nation: The Feminist Solution*, Nueva York, Simon and Schuster.

[12] Raymond Williams: *Keywords: A Vocabulary of Culture and Society*, Nueva York, 1976, p.178.

cuencia, nación y Estado también se convirtieron prácticamente en sinónimos, dada la tendencia antes señalada a equiparar la nación con el conjunto del pueblo o de la ciudadanía. Así pues, la *Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano* realizada en Francia proclamaba que «la fuente de toda soberanía reside esencialmente en la nación; ningún grupo ni ningún individuo puede ejercer una autoridad que no emane expresamente de ella». Aunque quienes redactaron la Declaración quizá no se dieran cuenta de ello, la «nación» a la que se referían, además de por franceses, estaba compuesta por alsacianos, bretones, catalanes, corsos, flamencos, occitanos y vascos*.

También es probable que la costumbre de intercambiar los términos *nación* y *Estado* surgiera con objeto de abreviar la expresión *Estado-nación*. La acuñación de este nombre compuesto demuestra por sí sola que las diferencias cruciales entre *nación* y *Estado* no pasaban inadvertidas. Esta expresión pretendía denominar una unidad político-territorial (el Estado) cuyas fronteras coinciden plena o aproximadamente con la distribución territorial de un grupo nacional. O, de manera más concisa, es una expresión que describía la situación en que una nación posee su propio Estado. Por desgracia, el término *Estado-nación* ha llegado a aplicarse indiscriminadamente a todos los Estados. Así, un especialista ha señalado que «un hecho primordial relativo al mundo es que está compuesto en su mayor parte por Estados-nación»[13]. Afirmación que debiera reformularse en estos términos: «un hecho primordial relativo al mundo es que *no* está compuesto en su mayor parte por Estados-nación». Un estudio de 132 entidades que en 1971 se consideraban de modo general Estados, dio como resultado la siguiente clasificación:

1. Sólo doce Estados (9,1%) pueden denominarse justificadamente Estados-nación.
2. Veinticinco Estados (18,9%) contienen una nación o una nación potencial que engloba a más del 90 por ciento de la población total del Estado, pero contienen asimismo a una minoría importante[14].
3. Otros veinticinco Estados (18,9%) contienen una nación o una nación potencial que engloba del 75 al 89 por ciento de la población.

* En la brillante obra de Eugen Weber: *Peasants into Frenchmen: The Modernization of Rural France, 1870-1914* Stanford, 1976, se demostraría más adelante que, en su inmensa mayoría, los habitantes de Francia no llegaron a adquirir la conciencia de ser franceses hasta mucho después de la Revolución francesa.

[13] Louis J. Halle: *Civilization and Foreign Policy*, Nueva York, 1952, p.10. Véase otro ejemplo de la costumbre de denominar Estados-nación a los Estados, referido al Reino Unido y a la Unión Soviética, en Dankwart Rustow: *A World of Nations*, Washington (D.C.), 1967, p.30. Véanse asimismo los comentarios finales de Rustow: «Más de 130 naciones, reales o así llamadas, realizarán su contribución a la historia de finales del siglo XX» (p.282). Véanse otros ejemplos en el capítulo 7 de este volumen.

[14] Por nación potencial se entiende un grupo de personas que parecen cumplir todos los requisitos necesarios para convertirse en nación, pero que aún no han desarrollado la conciencia de identidad ni de comunidad, ni la convicción de que sus destinos están entrelazados. Los antropólogos suelen denominar a estos colectivos «grupos etnolingüísticos». El sentimiento básico de identidad de estos pueblos todavía está restringido a la localidad, a la familia extensa, al clan o a la tribu. Los Estados andinos y el Asia sudoccidental nos ofrecen diversos ejemplos de este tipo de pueblos prenacionales.

4. En treinta y un Estados (23,5%), el elemento étnico mayor constituye entre la mitad y las tres cuartas partes de la población.
5. En 39 Estados (29,5%), la nación o nación potencial mayor engloba a menos de la mitad de la población*.

Si todos los Estados fueran Estados-nación, referirse a ellos como si fuesen naciones no tendría mayor trascendencia, y a quienes insistieran en que había que mantener la distinción entre *nación* y *Estado* podría achacarse un excesivo celo lingüístico o semántico. Cuando la nación y el Estado coinciden básicamente, emplear ambos términos como sinónimos es correcto porque ambos conceptos se han fundido hasta tal punto en la percepción popular que ya no se distinguen. El Estado se percibe como la extensión política de la nación y los llamamientos realizados en nombre del Estado desencadenan una respuesta psicológica positiva idéntica a los llamamientos realizados en nombre de la nación. Preguntarle a un *kamikaze* japonés, a o un japonés que va a participar en un ataque suicida, si está a punto de morir por *Nippon* o por el pueblo nipón sería sumirle en la perplejidad, ya que, para él, ambas nociones forman un todo inseparable. Hitler podía realizar sus llamamientos al pueblo alemán en nombre del Estado (*Deutsches Reich*), de la nación (*Volksdeutsch*) o de la patria (*Deutschland*), ya que todos estos conceptos evocaban las mismas asociaciones emocionales. Y ocurre lo mismo cuando los miembros de una nación son el elemento claramente dominante de un Estado, aun cuando en él también haya minorías significativas. Ahora bien, la invocación de ese tipo de símbolos tiene un efecto muy distinto en las minorías: la «madre Rusia» provoca un tipo de respuesta en un ruso y otra muy distinta en un ucraniano. Las emotivas invocaciones a *La France* realizadas por De Gaulle encontraban una acogida muy distinta en la Ile de France y en Bretaña o en Córcega.

Sea cual fuere la razón del empleo alternativo de *nación* y *Estado*, un mínimo de reflexión basta para comprender el omnipresente efecto que ha tenido el uso negligente de la terminología en el medio intelectual-cultural donde necesariamente se desarrolló el estudio del nacionalismo: la Sociedad de Naciones y las Naciones Unidas son nombres evidentemente incorrectos; la disciplina denominada Relaciones Internacionales debiera llamarse Relaciones *Interestatales*[15]; la lista de las organizaciones contemporáneas contiene sesenta y seis nombres que comienzan con la palabra *International* (por ej., *International*

* Esta estadística también se ha recogido en el capítulo 2 y el único propósito de repetirla aquí es subrayar la notable heterogeneidad étnica de los Estados.

[15] Un examen aleatorio de los libros sobre política mundial publicados en Estados Unidos y concebidos como libros de texto universitarios proporciona una amplia documentación sobre los efectos que el uso erróneo de la terminología ha ejercido sobre la disciplina. Además de la mirfada de títulos que se limitan a recoger las expresiones *relaciones internacionales* o *política internacional*, o las contienen, hay otros ejemplos tan conocidos como «Política entre naciones» (*Politics Among Nations*), «La potencia de las naciones» (*The Might of Nations*), «Naciones y hombres» (*Nations and Men*), «La inseguridad de las naciones» (*The Insecurity of Nations*), «Cómo se comportan las naciones» (*How Nations Behave*) y «Juegos en que las naciones compiten» (*Games Nations Play*). Otro ejemplo nos lo ofrece la asociación profesional estadounidense llamada International Studies Association: su razón de ser oficial, tal como se expone en los primeros números de su revista, es que la organización «está consagrada a fomentar el desarrollo ordenado del conocimiento relativo al impacto de unas naciones sobre otras».

Court of Justice [Tribunal Internacional de Justicia] o *International Monetary Fund* [Fondo Monetario Internacional]), pero ninguna de esas organizaciones está relacionada, ni por sus miembros ni por sus funciones, con las naciones; las expresiones derecho internacional y organización internacional son otros dos ejemplos importantes de esta tendencia común e incorrecta a equiparar Estado y nación; las expresiones renta nacional, riqueza nacional, interés nacional, etc., se refieren en realidad a asuntos que conciernen al Estado; para describir las relaciones interestatales extragubernamentales se emplea un término erróneo con efectos ridículos de reciente acuñación, *transnacional* —e incluso *transnacionalismo*—, y *nacionalización* es, también, otro de los numerosos vocablos erróneos que enturbian la comprensión del fenómeno nacional.

Puesto que los conceptos de Estado y de nación se hayan sumidos en tal confusión, quizá no debiera sorprendernos que *nacionalismo* haya llegado a significar identificación con el Estado en lugar de lealtad a la nación. Incluso el Diccionario de Relaciones Internacionales cuya definición de *nación* se ha citado antes porque capta adecuadamente la esencia psicológica de la nación, incurre en este error. Después de puntualizar que «una nación puede abarcar parte de un Estado o extenderse más allá de las fronteras de un único Estado», en otro lugar afirma que el *nacionalismo* «convierte el Estado en el máximo depositario de la lealtad del individuo»[16]. Dice asimismo que el nacionalismo «en tanto que emoción de masas, es la fuerza política más poderosa que actúa en el mundo»[17]. Casi nadie se mostraría en desacuerdo con esa valoración de la fuerza del nacionalismo, *y ése es precisamente el problema. Impresionados por la fuerza del nacionalismo, y partiendo de la premisa de que está al servicio del Estado, los estudiosos del desarrollo político están predispuestos a suponer que los nuevos Estados de África y Asia se convertirán naturalmente en depositarios de la lealtad de sus habitantes.* En éste, como en la mayoría de los casos, el nacionalismo demostraría ser una fuerza irresistible y, por consiguiente, los demás destinatarios posibles de la lealtad individual no serían rivales dignos de la estructura política que se denomina, alternativamente, nación, Estado o Estado-nación. Este síndrome, mezcla de conjeturas y de confusión terminológica, que ha caracterizado en buena medida a la escuela teórica del desarrollo político se refleja en el hecho de que la expresión elegida para denominar sus primeros empeños fuera la «construcción de la nación». Al contrario de lo que indica su nomenclatura, en la práctica, la escuela de la «construcción de la nación» se ha dedicado a la construcción de Estados viables, y, con muy escasas excepciones, el mayor obstáculo para la unidad estatal ha sido que los Estados suelen abarcar más de una nación y, a veces, incluso centenares de naciones. Sin embargo, al repasar la bibliografía se observa que apenas se ha reflexionado sobre cómo destruir los vínculos psicológicos que unen a algunos sectores de la población estatal. Es un esfuerzo vano revisar la bibliografía a la busca de técnicas para sustituir los vínculos grupales basados en la creencia en el origen, el desarrollo y el destino singulares del propio pueblo y en otras creencias similares por la lealtad a una

[16] Plano y Olton: *The International Relations Dictionary*, pp.119 y 120.

[17] *Ibid.*, p.120. [Como se ha señalado antes, las ediciones posteriores no incluyen cambios importantes en las definiciones de *naciones* y de *nacionalismo*.]

estructura estatal, cuya población nunca ha compartido esos sentimientos comunes. La naturaleza y la fuerza de esos vínculos abstractos que identifican a la auténtica nación apenas se mencionan, y se analizan aún menos. La presunción de que la poderosa fuerza del nacionalismo está al servicio del Estado elimina la necesidad de emprender una difícil investigación de tales nociones abstractas.

Como en el caso de la sustitución del término *nación* por el de *Estado*, también es difícil señalar con precisión el origen de la tendencia a equiparar nacionalismo con lealtad al Estado. Sin duda, se trata de una tendencia reciente, ya que el propio término *nacionalismo* se ha acuñado hace poco. G. de Bertier de Sauvigny opina que apareció por vez primera en un texto en 1798 y no volvió a reaparecer hasta 1830. Es más, el hecho de que los primeros diccionarios que lo recogen sean de finales del siglo XIX y principios del XX indica que su empleo no se generalizó hasta fechas mucho más recientes. Por otra parte, todos los ejemplos de su uso inicial transmiten la idea de una identificación con la nación en sentido estricto, y *no* con el Estado[18]. Aun cuando no se pueda discernir cuándo llegó a asociarse nacionalismo con Estado, es incuestionable que esa asociación fue posterior a la tendencia a equiparar Estado con nación y derivó de ella. Es asimismo indudable que recibió un gran impulso del extenso corpus literario ocasionado por el desarrollo del nacionalismo militante en Alemania y en Japón durante la década de los treinta y comienzos de la de los cuarenta en el presente siglo.

El nacionalismo alemán y el nacionalismo japonés de esta época han pasado a ocupar un lugar importante en los subsecuentes estudios sobre el nacionalismo, ya que son ejemplos notables de las reacciones fanáticas que puede engendrar el nacionalismo. Lamentablemente, estas manifestaciones de un nacionalismo extremo se han identificado una y otra vez con la lealtad al Estado. Entre los términos que se les ha aplicado, el más común es *fascismo*, una doctrina que promulga la obediencia inquebrantable al Estado orgánico y corporativo. La expresión alternativa más generalizada, *totalitarismo*, quizá transmite aun en mayor medida la idea de una completa (total) identificación del individuo con el Estado.

Al vincular al Estado estos ejemplos por excelencia de nacionalismo extremo, se da a entender que es posible que otros Estados se conviertan en objeto de la devoción de las masas. Si algunos Estados pueden suscitar una devoción tan fanática, ¿por qué no podrían suscitarla otros? Cierto es que pocos querrían ser testigos del resurgimiento de una entrega al Estado tan extrema y tan desnaturalizada. Pero si, durante la Segunda Guerra Mundial, la idea del Estado japonés fue capaz de motivar «ataques *banzai*», misiones *kamikaze* y numerosas decisiones de suicidio a fin de eludir la rendición —y, en la posguerra, numerosos ejemplos de personas que han soportado durante muchos años una existencia propia de animales en cuevas de diversas islas del Pacífico—, y todo ello porque la lealtad al Estado japonés era tan inquebrantable como para que no se pudiera concebir su derrota, no hay motivos para pensar que los Estados del Tercer Mundo no puedan despertar en sus habitantes una lealtad lo bastante po-

[18] Véase G. de Bertier de Sauvigny: «Liberalism, Nationalism, and Socialism: The Birth of Three Words», *The Review of Politics*, 32, 1970, particularmente las pp.155-161.

derosa como para imponerse sobre cualquier lealtad a otro grupo rival. Si la lealtad al Estado alemán llevó a los alemanes a prolongar la guerra mucho después de que fuera evidente que su causa estaba perdida y que la perseverancia sólo valdría para acarrearles más privaciones, más destrucción y mas muertes, se diría que otros Estados también han de ser capaces de transmitir a su población la creencia en una identidad y una causa comunes más poderosa que las tendencias opuestas que crean divisiones entre los distintos sectores del pueblo. Si las experiencias alemana y japonesa fueran extrapolables, el optimismo relativo a la estabilidad de las actuales estructuras estatales estaría justificado.

Mas lo que se ha pasado por alto, a la ligera, es que Alemania y Japón se contaban entre el puñado de Estados que pueden denominarse en sentido estricto Estados-nación. Como ya se ha señalado, dichos Estados son los que están hasta tal punto asociados con la nación en la percepción popular, que no se distinguen de ella. Japón era para los japoneses algo mucho más personal y profundo que la estructura político-territorial denominada Estado, y lo mismo puede decirse de Alemania y los alemanes; ambos Estados eran la encarnación de la idea de nación y, por tanto, una prolongación del propio ser. La doctrina fascista afirmaba que estos Estados eran organismos corporativos y, de hecho, el pueblo los concebía así, ya que los equiparaba a las naciones japonesa y alemana. Hitler lo expresó en estos términos en su *Mein Kampf*: «Nosotros, en tanto que arios, somos capaces de imaginar un Estado que no es sino el organismo vivo de la nacionalidad y que, además de salvaguardar la conservación de esa nacionalidad, la conduce hacia la máxima libertad educando sus capacidades espirituales e ideales»[19].

Pero, ¿puede echar raíces una concepción tan emocional del Estado allá donde nación y Estado no están identificados en la mentalidad popular? La Alemania hitleriana, el Japón de Tojo, la Italia de Mussolini, la España franquista y la Argentina de Perón se incluyeron en el cajón de sastre del fascismo. Pero es evidente que los llamamientos realizados en nombre de España no suscitaban grandes emociones en los vascos, en los catalanes ni en los gallegos. En la Argentina de origen plural, el mensaje de Perón no era una apelación unificadora dirigida a todos los argentinos, sino un llamamiento segregacionista hecho en nombre de una clase socioeconómica. En Italia, el sentimiento de lealtad al Estado demostró ser deplorable y sorprendentemente inadecuado cuando la invasión de las tropas aliadas lo puso realmente a prueba; al parecer, el motivo de que así fuera es que la idea de un pueblo único (la conciencia nacional) no había llegado a calar en el subconsciente del pueblo italiano en la misma medida en que había calado en los pueblos alemán y japonés[20]. Al equiparar nacionalismo con lealtad al Estado, los estudiosos se han olvidado de preguntarse cuántos casos de devoción fanática al Estado han surgido cuando en la concepción popular el Estado no se identificaba con el Estado de la propia nación. Lejos de demostrar la posibilidad de que los nuevos Estados venzan en la lucha por lograr la lealtad del pueblo, los casos de Alemania y de Japón ilustran la fuerza potencial de la vinculación emocional con la propia nación a la que deben enfrentarse los Estados multiétnicos. El nacionalismo de alemanes y japoneses era más bien un augurio del desarrollo de conceptos tales como los de ibo, bengalí, kikuyu, naga, karen, lao, hutu, kurdo y baganda, y no de conceptos como Nigeria, Paquistán, Kenia, India, Birmania [Myanmar], Tailandia, Ruanda, Irak y Uganda.

[19] Adolph Hitler: *Mein Kampf*, Nueva York, 1940, p.595.

[20] Para ampliar la información, véase el artículo «The Political Significance of Ethnonationalism within Western Europe» del autor de este libro, particularmente las pp.126-130.

Por otra parte, la errónea equiparación de nacionalismo con lealtad al Estado ha fomentado la confusión terminológica al promover la acuñación de otros términos equívocos. Como al término nacionalismo ya se le había atribuido otro significado, los especialistas han tenido dificultades para ponerse de acuerdo a la hora de elegir un término que describa la lealtad de algunos sectores de la población estatal a su nación particular. Entre los términos empleados con mayor frecuencia se cuentan etnicidad, primordialismo, pluralismo, tribalismo, regionalismo, comunitarismo y localismo. Este vocabulario tan variado viene a sumarse a los obstáculos para la comprensión del nacionalismo, ya que produce la impresión de que cada término se refiere a un fenómeno distinto. Es más, reservar el término nacionalismo para denominar la lealtad al Estado —o, más comúnmente, a la palabra *nación*, cuando ésta se emplea como sustituto incorrecto de Estado—, a la vez que para referirse a la lealtad a la nación se emplean diversos vocablos con diferentes raíces y connotaciones fundamentalmente distintas, acrecienta enormemente la confusión. Cada uno de los términos que se han citado ha ejercido su particular efecto negativo en el estudio del nacionalismo.

ETNICIDAD (*ETHNICITY*)

Etnicidad (identidad con el propio grupo étnico) es, cuando menos, un término más camaleónico que *nación* en cuanto a su capacidad de definición. Deriva de *Ethnos*, la palabra griega que designaba a la *nación* en el sentido original de grupo caracterizado por una ascendencia común. En consonancia con esta etimología, surgió un consenso general sobre el hecho de que grupo étnico se refiere a una categoría humana básica (es decir, no a un subgrupo). Es de lamentar, sin embargo, que los sociólogos estadounidenses terminaran por emplear *grupo étnico* para referirse a «un grupo con una tradición cultural común y un sentimiento de identidad, que existe como subgrupo de una sociedad más amplia»[21]. Esta definición convierte la expresión grupo étnico en sinónimo de minoría y, en efecto, en Estados Unidos se ha empleado en el estudio de las relaciones grupales para referirse prácticamente a cualquier minoría discernible, ya sea de carácter religioso, lingüístico o cualquier otro.

La definición de grupo étnico acuñada por los sociólogos estadounidenses no respeta su significado original al menos en dos aspectos importantes. En

[21] George Theodorson y Achilles Theodorson: *A Modern Dictionary of Sociology*, Nueva York, 1969, p.135. Véase una definición similar en la entrada «Ethnic Groups» realizada por H. S. Morris en *The International Encyclopedia of the Social Sciences*, Nueva York, 1968.

la acepción tradicional de unidad ancestralmente relacionada, es evidente que el grupo étnico no tiene por qué ser una parte subordinada de una sociedad política más amplia, sino que puede ser el elemento dominante de un Estado (el chino, el francés y el inglés, por ejemplo) o extenderse por varios Estados, como en el caso de los árabes. En segundo lugar, la aplicación indiscriminada del término grupo étnico a numerosos tipos de grupos oculta distinciones fundamentales entre diversas modalidades de identidad. En la interesante y muy citada introducción a un libro titulado *Etnicidad*, Nathan Glazer y Daniel Patrick Moynihan refutaban la idea de que etnicidad sólo se refiera a las minorías y proponían que se incluyesen varios tipos de identidad en esa categoría:

> Así pues, en cierto modo está justificado pensar que varios tipos de identificación basados en realidades sociales tan distintas como la religión, la lengua y el origen nacional tienen algo en común, así como acuñar un término nuevo para referirse a todas ellas: etnicidad. Lo que tienen en común es que todas ellas se han convertido en catalizadores efectivos de la movilización grupal para lograr fines políticos concretos[22].

Ahora bien, sin negar que esta categorización es útil para el estudio de la actividad política de determinados grupos de interés, resulta evidente que ha ejercido una influencia perniciosa en el estudio del nacionalismo. Una de sus consecuencias es que, al consultar los millares de registros de los archivos, índices de publicaciones periódicas, etcétera, el investigador nunca puede estar seguro de si un estudio denominado étnico será en realidad un estudio del nacionalismo. A veces, la unidad objeto de estudio es una nación o un grupo nacional en potencia. Otras veces, se trata de un grupo transnacional (interestatal o intraestatal) como el de los amerindios. Y, en la mayoría de los casos, es un grupo con una relación marginal o con ninguna relación en absoluto con la nación en el sentido estricto del término (por ejemplo, la comunidad católica de Holanda). Es más, una revisión de los índices y de la bibliografía de los estudios étnicos que sí se ocupan de un grupo nacional en potencia o de hecho, revela con mucha frecuencia que el autor no es consciente de la relación de su obra con el nacionalismo. Los estudiosos del nacionalismo y los estudiosos de la etnicidad rara vez se hacen aportaciones mutuas. Así, por ejemplo, la revista estadounidense *Ethnicity** y la *Canadian Review of Studies in Nationalism* coinciden muy poco tanto en cuanto a la formación académica de sus colaboradores como a las materias comentadas en las notas.

Aunque un autor emplee el término *etnicidad* para referirse exclusivamente a los grupos nacionales, la tendencia a equiparar nacionalismo con lealtad al Estado le predispondrá a subestimar la fuerza de atracción de la etnicidad[23].

[22] Nathan Glazer y Daniel P. Moynihan: *Ethnicity: Theory and Experience*, Cambridge (Massachusetts), 1975, p.18.

* Dejó de publicarse en 1982.

[23] Véase, por ejemplo, Peter Busch: *Legitimacy and Ethnicity*, Lexington (Massachusetts), 1974, donde etnicidad se refiere al desglose de la población de Singapur en chinos, malayos y otros componentes semejantes, y donde nacionalismo se refiere a la identificación con el Estado de Singapur.

Pero la costumbre mucho más común de usar etnicidad para denominar diversos tipos de identidad ejerce un efecto más pernicioso, ya que al agrupar varias identidades en una sola categoría se da por supuesto que son de la misma clase. Cuando analicemos más adelante los términos *primordialismo* y *pluralismo* nos detendremos a examinar con mayor detalle las consecuencias adversas de esta premisa, limitándonos ahora a señalar que la premisa en cuestión impide que se plantee la pregunta fundamental de cuál entre las diversas identidades de una persona tenderá a salir victoriosa en una competición de lealtades.

Los antropólogos, los etnólogos y quienes realizan estudios comparativos de ámbito mundial han solido emplear con mayor frecuencia *etnicidad* y *grupo étnico* en su sentido original, es decir, para designar a grupos que creen tener una ascendencia común[24]. Max Weber, por ejemplo, señalaba que:

> Llamaremos grupos étnicos a aquellos grupos humanos que abrigan una creencia subjetiva en su linaje común [...] esta creencia debe ser importante para la propagación de la formación del grupo; por el contrario, la existencia de una relación consanguínea objetiva carece de importancia. La pertenencia al grupo étnico (*Gemeinsamkeit*) difiere de la pertenencia al grupo de parentesco precisamente porque se trata de una identidad supuesta[25].

Se diría que esta definición equipara el *grupo étnico* a la *nación*, y, en efecto, como ya se ha señalado, Weber vinculaba los dos conceptos[26]. Sin embargo, en otro texto, Weber establecía entre ambos una diferenciación importante y útil:

> La idea de nación suele incluir la creencia en una ascendencia común y en una homogeneidad esencial, aunque frecuentemente indefinida. Estas creencias son comunes a la «nación» y al sentimiento de solidaridad de las comunidades étnicas, el cual también se alimenta de otras fuentes diversas, como ya hemos visto antes [cap.V, p.4]. *Mas el sentimiento de solidaridad étnica no basta para crear una «nación»*. Indudablemente, aunque los rusos blancos siempre hayan tenido un sentimiento de solidaridad étnica que los distingue de los grandes rusos, ni siquiera hoy día afirmarían que reúnen los requisitos necesarios para constituir una «nación» independiente. Hasta hace poco, los polacos de la Alta Silesia apenas poseían el menor sentimiento de solidaridad con la «nación polaca». Se sentían un grupo étnico diferente de los alemanes y, por lo demás, eran súbditos prusianos y nada más[27].

[24] Véase, por ejemplo, Tomotshu Shibutani y Kian Kwan: *Ethnic Stratification: A Comparative Approach*, Nueva York, 1965, p.47, donde se dice que grupo étnico es aquél que está compuesto por «quienes se consideran a sí mismos semejantes en virtud de su ascendencia compartida, real o ficticia, y a quienes también los demás ven de esa forma».

[25] Max Weber: *Economy and Society*, p.389.

[26] Véase la nota 10 de este capítulo.

[27] Weber: *Economy and Society*, p.923.

Es obvio que, en este pasaje, Weber está hablando de pueblos prenacionales o de lo que anteriormente hemos denominado naciones potenciales[28]. Emplea como ejemplos a pueblos que aún no son conscientes de pertenecer a un elemento étnico más amplio. La conciencia de grupo a la que se refiere —un nivel bastante bajo de solidaridad étnica que se genera en un sector del elemento étnico al enfrentarse a un elemento extranjero— no tiene por qué ser relevante desde el punto de vista político y está más cerca de la xenofobia que del nacionalismo. Ahora bien, en tanto en cuanto representa un paso en el proceso de la formación de una nación, demuestra que las personas de un grupo deben saber lo que *no son* desde el punto de vista étnico antes de saber lo que *son*. Así pues, a los ejemplos de Weber podríamos añadir el caso de los eslovacos, los croatas y los eslovenos, que ya eran conscientes de no ser alemanes ni magiares cuando pertenecían al Imperio austrohúngaro, mucho antes de llegar a adquirir una opinión concreta sobre su identidad étnica o nacional. En los casos de este tipo, la identidad significativa de carácter positivo no trasciende los límites de la localidad, de la región, del clan o de la tribu. Vemos, pues, que para que exista un grupo étnico no es necesario que sus miembros sean conscientes de pertenecer a él. El antropólogo o el observador podrá discernir sin problemas la existencia de un grupo étnico, pero éste no se convertirá en nación hasta que sus miembros no tomen conciencia de la singularidad de su grupo. Por tanto, mientras el grupo étnico *puede* ser definido desde fuera, la nación *debe* ser definida por sus propios miembros[29]. Así pues, emplear los términos grupo étnico y etnicidad para referirse a diversos tipos de identidad desdibuja la relación entre el *grupo étnico* y la *nación* y, al propio tiempo, priva al estudioso de un término excelente para denominar tanto a las naciones como a las naciones potenciales.

PRIMORDIALISMO (*PRIMORDIALISM*)

El término *primordialismo*, otro de los sustitutos habituales de nacionalismo, suele atribuirse a Clifford Geertz, aunque el propio Geertz ha reconocido que se lo debe a Edward Shils[30]. Es más, Geertz nunca habló de primordialismo, sino de sentimientos primordiales. El uso del término en plural no era accidental, ya que Geertz no concebía la cuestión de la rivalidad entre lealtades como una dicotomía entre lealtad al Estado y lealtad a la nación. En su opinión, los «sentimientos primordiales» o «vínculos primordiales» eran una serie de fenómenos diferentes que sólo se solapaban en algunas ocasiones. Geertz considera que los vínculos psicológicos derivados de unos orígenes comunes en

[28] Véase el capítulo 3 de este volumen.

[29] Tal como lo ha señalado Charles Winick al referirse al *ethnos*: «Un grupo de personas vinculadas tanto por su nacionalidad como por su raza. Estos vínculos son por lo general aceptados inconscientemente por los miembros del grupo, pero quienes no pertenecen a él aprecian su homogeneidad» (Winick: *Dictionary of Anthropology*, Nueva York, 1956, p.193).

[30] Clifford Geertz: «The Integrative Revolution: Primordial Sentiments and Civil Politics in the New States», en Clifford Geertz (comp.): *Old Societies and New States*, Nueva York, 1963, particularmente la p.109.

el ámbito lingüístico, racial, tribal, regional o religioso constituyen identidades fundamentales totalmente independientes, lo que no impide que a menudo se refuercen.

Como ya hemos visto al comentar la etnicidad, Geertz ciertamente no constituye una excepción por considerar que no todos los vínculos fundamentales son de la misma naturaleza. Por ejemplo, varios autores afirman que el conflicto entre valones y flamencos es esencialmente lingüístico, dado que no se observan entre ellos diferencias religiosas o de otro tipo fácilmente apreciables; en contraste, el problema de Irlanda del Norte casi siempre se califica de religioso, siendo así que no está relacionado con diferencias lingüísticas o raciales; el problema de Singapur se define a menudo como un conflicto racial, porque entre el típico malayo y el típico chino hay diferencias visibles; los problemas de identidad de Indonesia suelen denominarse regionales, dado que el carácter insular de su geografía salta a la vista; la identidad taiwanesa tenderá a calificarse de étnica sólo porque no hay diferencias tangibles entre los taiwaneses y los hans de la China continental. Ahora bien, la cuestión es si cada uno de estos ejemplos constituye un caso diferente o si su descripción en términos esencialmente religiosos, lingüísticos, etcétera, se debe a la confusión entre las manifestaciones tangibles de la nación y su esencia psicológica.

Claro está que cualquier nación posee características tangibles y que, una vez que éstas se identifican, es posible describirla en términos tangibles. La nación alemana puede definirse por su número de miembros, por su composición religiosa, por su lengua, por su ubicación y por otra serie de factores concretos. Pero ninguno de estos elementos es un requisito esencial de la nación alemana. La esencia de la nación, como ya se ha dicho, es una cuestión de *auto*percepción o de *auto*conciencia. Muchos de los problemas que plantea la definición de la nación pueden atribuirse precisamente al hecho de que es un grupo que se define a sí mismo. Por ello, algunos estudiosos, como Ernest Baker, Rupert Emerson, Carlton Hayes y Hans Kohn siempre han empleado términos como autopercepción y conciencia de sí misma para analizar y definir a la nación. La creencia grupal en los vínculos de parentesco y en la singularidad del grupo constituye la esencia de la nación, mientras que sus características tangibles, como puedan serlo la religión o la lengua, sólo son significativas para la nación en la medida en que fomentan el sentimiento (o creencia) de identidad y singularidad del grupo. Llegados a este punto, conviene señalar que la nación puede perder o modificar alguna o todas sus características externas sin que por ello desaparezca la creencia en la propia singularidad vital que la convierte en nación. Así, los irlandeses o los escoceses de las *Highlands* podrían perder su lengua sin por ello perder la convicción de que poseen una identidad nacional particular. Del mismo modo, los judíos pueden cortar sus lazos con el judaísmo a la vez que mantienen una vinculación muy consciente con la nación judía. En efecto, en una época en que la vestimenta tradicional, las ceremonias y otras costumbres que en otros tiempos ayudaban al forastero a identificar a las distintas naciones están dando paso a una creciente uniformidad global, el nacionalismo, en el sentido estricto del término, está en evidente auge. Así pues, las características tangibles

de una nación no son su esencia y todas las situaciones anteriormente mencionadas, aunque se describan en términos esencialmente lingüísticos, religiosos, raciales, etcétera, son de hecho de la misma especie, ya que, en última instancia, se fundan en la existencia de una serie de identidades nacionales divergentes.

La propensión a confundir las manifestaciones tangibles de la nación con su esencia psicológica se debe a varios motivos. Uno de ellos es que los elementos tangibles se ven con mayor inmediatez y se conceptualizan con facilidad; es más, desde el punto de vista del comentarista de televisión, del periodista, e incluso del estudioso, los aspectos tangibles no sólo son más fáciles de percibir, sino también más fáciles de transmitir a la audiencia en términos comprensibles. Otro motivo es la importancia que ha comenzado a concederse a la cuantificación en los círculos académicos, que explica por qué los investigadores han concentrado sus esfuerzos en la búsqueda de factores determinantes del nacionalismo susceptibles de ser cuantificados[31].

Sea como fuere, no sólo debe culparse del problema a los observadores. Quienes están más implicados en un conflicto de identidades nacionales también pueden contribuir a destacar en exceso sus elementos más visibles al menos de tres maneras:

1. Muchas veces, un rasgo específico de una nación se convierte en caballo de batalla de las luchas nacionales y se describe como un componente indivisible de la nación. Así, por ejemplo, los ucranianos, los francocanadienses y diversos grupos nacionales de la India y de Paquistán insisten en que la conservación de su lengua es indispensable para que no desaparezca su identidad nacional. En estos casos, se está afirmando que el imperativo «primordial» del nacionalismo es lingüístico. Sin embargo, hemos señalado antes que varias naciones han perdido su lengua sin por ello perder su conciencia nacional. Especialmente pertinente es el caso de los nacionalistas irlandeses, ya que si bien en el siglo XIX y a comienzos del XX aseveraban que la lengua y la singularidad nacional estaban indisolublemente unidas, los esfuerzos por resucitar el gaélico realizados una vez que se consiguió la independencia han sido menospreciados por la mayoría del pueblo irlandés que, sin embargo, ha conservado con toda evidencia su identidad nacional[32].

[31] Se encontrará una afirmación inusitada sobre cómo los estudios modernos han logrado desentrañar en gran medida el nacionalismo en el *New York Times* del 16 de marzo de 1971, donde hay una prepublicación crítica de un estudio de Karl Deutsch, John Platt y Dieter Senghaas, que enumera los que, en opinión de los autores, son «los 62 logros principales obtenidos por las ciencias sociales y de la conducta desde 1900». Entre ellos, se incluyen «los modelos cuantitativos del nacionalismo y de la integración (estudios matemáticos de las reacciones nacionalistas)». Según el texto, ese avance se debe a K. Deutsch, B. Russett y R. L. Merritt, y se realizó entre 1942 y 1967.

[32] Otro ejemplo interesante lo constituyen los vascos. Aunque su nivel de nacionalismo es con toda evidencia muy elevado, son el grupo no castellano de España menos interesado en exigir que la enseñanza se imparta en su lengua. Esta actitud quedó reflejada en una encuesta citada por Milton da Silva: *The Basque Nationalist Movement: A Case Study in Ethnic Nationalism*, tesis doctoral, Universidad de Massachusetts, 1972.

2. El segundo factor que fomenta la tendencia que nos ocupa es que los miembros de una nación tienden a destacar sólo uno de sus atributos para simplificar la descripción del complejo conjunto de criterios que los distinguen de otros grupos. Así pues, para los habitantes de Irlanda del Norte de extracción escocesa e inglesa, los irlandeses son «católicos». Y el proceso inverso les convierte en «protestantes». Por ello, es fácil que el observador incurra en el error de pensar que un problema basado en diferencias relativas a la identidad nacional fundamental no es más que una cuestión religiosa[33].
3. Un tercer factor contribuyente es esencialmente psicológico y más difícil de documentar. Las personas implicadas en un conflicto entre identidades nacionales parecen sentir la necesidad de expresar o explicar sus reacciones emocionales ante el otro grupo de una forma más «lógica» y concreta. La *convicción* o el *sentimiento* de singularidad que crea un abismo entre ellos debe traducirse a unos términos más tangibles, como puedan serlo las diferencias de religión, de costumbres o de dialecto. Un fenómeno claramente relacionado con este aspecto es la necesidad aparentemente general de «justificar» los prejuicios (es decir, las reacciones emocionales ante estímulos foráneos) atribuyendo al otro grupo rasgos diferenciadores que se perciben con facilidad, o que se perciben erróneamente con facilidad.

La costumbre de describir las situaciones que nos ocupan en términos esencialmente lingüísticos, raciales, religiosos o de otra índole, además de ocultar la causa original y la profundidad psicológica de la cuestión, comporta el mismo peligro al que hemos aludido al comentar el uso de términos de significados múltiples como etnicidad: el riesgo de pensar que cada término se refiere a un fenómeno distinto. Los análisis que hacen hincapié en algún rasgo tangible suelen estar salpicados de expresiones como «nacionalismo cultural», «nacionalismo religioso» y «nacionalismo lingüístico». Aunque estas expresiones tengan el mérito de señalar la presencia del nacionalismo, al propio tiempo transmiten la impresión de que el nacionalismo se compone de distintos tipos de fenómenos y que no podría sobrevivir a la desaparición de los factores tangibles. Por esta razón, el empleo de *primordialismo* es preferible al de «sentimientos primordiales», porque al menos no fracciona más el concepto nacional. La mayor crítica que puede hacerse al término primordialismo es que, al igual que el término *tribalismo*, connota un cierto primitivismo, que puede inducir la idea de que tenderá a desaparecer a medida que avance la modernización. Es un término que no parece aplicable a las sociedades «modernas»; pero la lista de los Estados europeos que han experimentado fricciones nacionales en los últimos tiempos revela que la conciencia nacional no es un fenómeno exclusivo del Tercer Mundo: la Unión Soviética, Rumania, Chipre, Checoslovaquia, Yugoslavia, Italia, Fran-

[33] Al revés de lo que afirman la mayoría de los estudios, los dos bandos del conflicto no se consideran irlandeses. Una encuesta indica que menos del 50 por ciento se consideran irlandeses. Véase más información en los capítulo 2 y 7 de este volumen.

cia, España, Suiza, Bélgica y el Reino Unido han vivido recientemente problemas surgidos del avivamiento de la conciencia nacional en algunos sectores de su población. El «nacionalismo negro» de los Estados Unidos y las revueltas francocanadienses de Canadá dan así mismo testimonio de que la industrialización, los sistemas intensivos de comunicaciones, los elevados índices globales de educación y las cifras impresionantes del PNB no constituyen una salvaguardia contra las fricciones derivadas del desarrollo de la conciencia nacional.

PLURALISMO (*PLURALISM*)

El origen del término *pluralismo* suele atribuirse al antropólogo J. S. Furnivall. Furnivall tenía especial interés en los entornos coloniales donde convivían, unos junto a otros, indígenas, colonos y pueblos no indígenas traídos por los colonos. El término con el que describía una unidad de este tipo era el de *sociedad plural*:

> Es en sentido estricto un amasijo, porque los grupos se mezclan pero no se combinan. Cada grupo se adhiere a su religión, a su cultura y a su lengua, a sus ideas y costumbres peculiares. Entran en contacto de forma individual, pero sólo en el mercado, comprando y vendiendo. Se trata de una sociedad plural, en la que distintos sectores de la comunidad viven uno junto a otro, pero con autonomía, dentro de la misma unidad política[34].

Aunque Furnivall se refería a un tipo de sociedad muy concreto, que hoy casi ha desaparecido por completo, otros autores no tardaron en aplicar su terminología a la descripción de cualquier sociedad de características heterogéneas. Así pues, la tercera edición del *Nuevo Diccionario Internacional de Webster* (1971) ofrece la siguiente definición de *pluralismo*, término que no se recogía en la edición previa: «Estado o condición de una sociedad en la que los miembros de diversos grupos étnicos, raciales, religiosos y sociales continúan participando y desarrollando su cultura tradicional o sus intereses específicos de manera autónoma en el seno de una civilización común».

La inclusión de los grupos sociales confiere al término *pluralismo* una amplitud aún mayor que la de *etnicidad*, ya que esta última no incluía la clase socioeconómica. De esta suerte, el pluralismo parece abarcar todos los tipos de identidad grupal de ámbito menor que el estatal, en tanto que el adjetivo *cultural* que suele precederle apenas logra mitigar ese carácter de cajón de sastre[35]. Tal falta de discriminación implica que todas las identidades grupales son de

[34] J. S. Furnivall: *Colonial Policy and Practice*, Cambridge, 1948, p.305.

[35] Por ejemplo, la obra en varios volúmenes *Case Studies on Human Rights and Fundamental Freedoms*, editada por la Foundation for the Study of Plural Societies de La Haya y por la revista de la Fundación, *Plural Societies*, contiene una serie de artículos dedicados a grupos y temas tan diversos como puedan serlo, entre otros, las minorías nacionales, los grupos religiosos, la discriminación sexual, las castas y las razas.

la misma índole; y esto, unido a la aceptación apriorística de la sociedad como algo dado y permanente que caracteriza al pluralismo, favorece una interpretación del fenómeno en términos de la concepción madisoniana del equilibrio entre diversos intereses entrecruzados. Puesto que las distintas identidades del individuo, como la regional, la económica, la social, la religiosa, la etnonacional y la racial, no coinciden perfectamente entre sí, esta teoría afirma que los intereses rivales que emanan del conjunto de identidades diversas tenderán a contener la tendencia segregacionista de cualquiera de los intereses concretos y, de tal modo, garantizarán el mantenimiento de la viabilidad del Estado. Ahora bien, este pronóstico pasa por alto el hecho demostrado e ilustrado por diversos movimientos separatistas etnonacionales de que las fuentes de la identidad nacional son más profundas que las asociadas con la religión, la clase social, etcétera, y que, por ello, la presencia de algunas características compartidas puede *no* bastar para preservar el Estado. Que el individuo participa simultáneamente de varias identidades grupales es incuestionable; pero que esas identidades no son de la misma clase era la base de la acertada definición de nación que formuló Rupert Emerson: «La comunidad de mayor tamaño que, a la hora de la verdad, domina eficazmente las lealtades humanas, imponiéndose tanto sobre las exigencias de otras comunidades menores contenidas en ella, como sobre las de otras que se solapan con ella o la engloban potencialmente en el seno de una sociedad aún mayor»[36].

TRIBALISMO (*TRIBALISM*)

Tal como se emplean en la actualidad, los términos *tribu* y *tribalismo* suelen asociarse con el África no árabe, donde han añadido una dimensión especial a la oscuridad que envuelve el estudio del nacionalismo. Aunque el término tribu está lejos de ser preciso y su significado es objeto de polémica entre los antropólogos, se ha empleado tradicionalmente para describir una unidad sociopolítica homogénea que se caracteriza por ser *sólo una de las partes* interrelacionadas de una agrupación de mayor tamaño. Este concepto de tribu como unidad étnica subordinada suele aplicarse a regiones no africanas; así pues, las unidades sociopolíticas principales comprendidas en algunos pueblos asiáticos, como el azerbaijano, el kurdo y el pashtún, se denominan tribus, transmitiendo la idea de que, en cada caso, existe un grupo étnico que engloba a todas la unidades tribales. Por otra parte, la mayoría de las categorías humanas a las que por lo general se designa con el término *tribu* están en el África no árabe y son naciones o naciones potenciales. Algunos ejemplos muy conocidos son los ashantis, los congos, la hausas, los ibos, los xhosas y los zulúes. Es probable, por tanto, que entre dos «tribus» africanas haya tantas diferencias —psicológicas al igual que tangibles— como entre los franceses y los alemanes. Al denominarlas tribus en lugar de naciones o naciones potenciales, los estudiosos han caído en el error de subestimar la atracción emocional que

[36] Rupert Emerson: *From Empire to Nation*, Boston, 1960, pp.95-96.

estos colectivos ejercen sobre los individuos. Llamar a esta atracción *tribalismo*, a la vez que se reserva el término *nacionalismo* para referirse a la adhesión a los nuevos Estados, es un reflejo, a la par que un refuerzo, de la premisa de que, con el tiempo, la lealtad del individuo terminará inexorablemente por transferirse de la unidad subordinada (que en realidad es la nación, aunque se llame tribu) al todo (que en realidad es el Estado, aunque se denomine nación).

También refuerza esta premisa el hecho de que el término «tribu», además de transmitir la idea de un estatus subétnico, también connota popularmente un estadio primitivo de desarrollo de la organización humana. Las tribus célticas y germánicas acabaron por ser absorbidas por una unidad nacional transtribal. Y, por analogía, puede suponerse que las «tribus» africanas terminarán siendo absorbidas por, pongamos por caso, la «nación nigeriana». Se entiende, en consecuencia, que el tiempo está de parte de los Estados, y que son ellos, y no las tribus, los que dominarán el futuro.

Hay un último problema relativo al significado del término tribu tal como se aplica al África no árabe. La mayoría de los grupos étnicos bien definidos a los que se denomina tribus están, en realidad, organizados sobre una base multitribal. Así pues, la terminología al uso suele describir de la misma forma a los grupos subordinados y a los grupos principales. Esta doble utilización del término tribu convierte en una empresa arriesgada hacer previsiones generales sobre la probabilidad de que *todas las unidades denominadas tribus* lleguen a ser absorbidas por entidades mayores. El aumento de los contactos entre unidades étnicamente subordinadas tenderá a fomentar la toma de conciencia de lo que tienen en común, potenciando el surgimiento de la idea de nación. Pero no se puede presuponer que el aumento de los contactos entre grupos étnicos diferentes tendrá el mismo efecto.

REGIONALISMO (*REGIONALISM*)

Buena parte de lo dicho con respecto al término tribalismo es aplicable al uso del vocablo *regionalismo* como sustituto de nacionalismo. En este caso, la confusión deriva parcialmente de que, en la manera de hablar actual, regionalismo se emplea con dos significados incompatibles, uno relativo a una identidad transestatal, y otro a una identidad intraestatal. La integración transestatal de una parte del mundo se denomina, por ejemplo, *regionalismo* europeo; y las estructuras como la OTAN, la SEATO, la CEE y la Liga Árabe se definen como organizaciones *regionales*. Por otro lado, el término regionalismo se emplea para describir las diferencias intraestatales fundadas en los vínculos sentimentales con la propia localidad. Es con este segundo sentido, afín al de cultura política regional distintiva (*sectionalism*), con el que el término regionalismo suele emplearse como sustituto incorrecto de nacionalismo.

Aun en mayor medida que primordialismo y tribalismo, el término regionalismo no transmite el concepto de compromiso emocional que caracteriza al nacionalismo, por lo que su mero uso refleja y refuerza la convicción de que este factor no podrá rivalizar con la lealtad fundamental de un individuo[37]. Es más, equiparar regionalismo y nacionalismo genera confusión porque el regionalismo, en sentido estricto, coexiste muchas veces con el verdadero nacionalismo. El nacionalismo alemán, por ejemplo, no impide que haya diferencias entre las actitudes regionales de los prusianos, los bávaros, los renanos, etcétera. Lo que realmente importa es que, cuando las lealtades se ponen a prueba, los factores que todos los miembros de la nación alemana consideran tener en común se estiman más importantes que las diferencias regionales.

Hay algunas situaciones, cierto es, en que la «idea» nacional (la conciencia nacional) aún no ha cuajado por completo y donde, por tanto, la identidad regional sigue constituyendo un rival importante del nacionalismo en la lucha por lograr la lealtad del pueblo. Así, el concepto de Occidente árabe (*al-magrib al Arabi*) continúa ejerciendo una influencia importante sobre la identidad de los árabes que habitan al oeste de Libia; aunque el nacionalismo árabe está introduciéndose en esa zona, algunos de sus habitantes siguen creyendo que entre los árabes occidentales y los orientales existen diferencias cruciales que pesan más que su común condición de árabes[38]. Ahora bien, casi todo el mundo concuerda en que la cultura política regional distintiva desaparece con el aumento de los contactos entre los diversos sectores de una población étnicamente homogénea. La evolución de varias situaciones confirma la hipótesis de que la intensificación de los contactos entre diversos sectores de una población que posee fundamentos para creer en sus orígenes comunes afianzará esa creencia. Las naciones de hoy día estaban compuestas en otros tiempos por pueblos fragmentados sin otro sentimiento fundamental de identidad que el basado en la familia, la aldea, el clan o la tribu. Es más, una vez que se establece un sentimiento de conciencia nacional, la posterior intensificación de los contactos in-

[37] Véase Werner Feld: «Subnational Regionalism and the European Community», *Orbis*, 18, 1975, pp.1176-1192; en este artículo se agrupan los movimientos etnonacionales (como los de Bretaña, Córcega, Escocia y Gales) con el localismo (como el que demuestran algunos *länder* alemanes) en la categoría de «regionalismo subnacional». La consecuencia es que se establecen comparaciones equívocas entre fenómenos diferentes. Se encontrará una descripción del nacionalismo escocés como si fuera un movimiento regionalista —con la consecuente infravaloración de su fuerza— en John Schwartz: «The Scottish National Party», *World Politics*, 22, 1970, pp.496-517, y particularmente la p.515, donde el autor habla de la «identidad regional». Véase asimismo Jack Haywood: *The One and Indivisible French Republic*, Nueva York, 1973, pp.38 y 56, donde se denomina regionalismo al movimiento bretón. No se hace la menor referencia al etnonacionalismo, ni tampoco a otras minorías étnicas de Francia. Puesto que el término región implica la existencia de un todo mayor, la indivisibilidad de Francia queda garantizada (tal como lo indica el título). Los planes de «regionalización» de los últimos tiempos, orientados a descentralizar la administración, probablemente han reforzado la tendencia a denominar regionalismo a los movimientos etnonacionales de Francia e Italia. En ambos casos, es frecuente que la demarcación de las nuevas regiones coincida con bastante exactitud con la distribución de los grupos étnicos.

[38] Se observa una manifestación de esta identidad regional peculiar al comparar las distintas constituciones de los Estados. En tanto que las constituciones de la mayoría de los Estados árabes afirman que su población pertenece a la «nación árabe», las constituciones de Marruecos y de Túnez omiten esa expresión y hacen hincapié en que su Estado forma parte del «Gran Magreb». Otra manifestación de regionalismo es la atenuación progresiva de las reacciones emocionales provocadas por el «principal enemigo» de los árabes, Israel, a medida que se avanza hacia el Occidente árabe. El presidente Burguiba de Túnez pudo recomendar hace muchos años que los Estados árabes reconocieran a Israel sin levantar grandes iras en su país. Que un dirigente de Oriente Medio adoptara una postura similar sería una locura.

terregionales tiende claramente a homogeneizar las costumbres, los gustos y las actitudes de las diversas poblaciones. Pero en las situaciones en que no existe una única nación potencial, sino varios grupos cuyas costumbres y creencias revelan, en conjunto, unos orígenes y una evolución diferentes en lugar de una historia común, la intensificación de los contactos suele tener el efecto opuesto. En dichos casos, en lugar de fortalecer el atractivo de los rasgos que se consideran comunes, fomenta la tendencia a hacer hincapié en las características diferenciadoras. El notable aumento de las tensiones que agitan a multitud de Estados multiétnicos pone de relieve esta dicotomía. La ampliación de los contactos ha promovido la conciencia nacional de los kurdos, los laosianos, los luo, los flamencos, los galeses y los francocanadienses, pero también les ha alentado a oponerse con mayor encono a los árabes y los turcos, los tais, los kikuyus, los valones, los ingleses y los canadienses anglófonos, respectivamente.

Así pues, el aumento de las comunicaciones y los transportes en el interior de un Estado tiene un efecto determinado en los miembros de una misma nación o de una misma nación potencial, y otro muy distinto en los miembros de naciones diferentes. El error de denominar regionalismo al nacionalismo ha llevado a creer a los especialistas que las variaciones de identidad que estudian desaparecerán con la modernización. Sin embargo, la evidencia acumulada demuestra lo contrario.

COMUNITARISMO (*COMMUNALISM*)

Comunitarismo, otro de los términos que sustituye a nacionalismo, también plantea una serie de problemas. Este vocablo se incorporó a los estudios sobre el nacionalismo para referirse a los acontecimientos políticos del Asia meridional, convirtiéndose en un término popular para describir la tendencia de los pueblos de la región a dividirse en función de su adhesión al islamismo o al hinduismo. En la etapa previa a la retirada británica de la India, el término comunitarismo se refería a la tendencia de la gente a acentuar la importancia de la identidad vinculada a la religión en lugar de a lo que dio en denominarse erróneamente «nacionalismo indio». Por consiguiente, en esta región, el comunitarismo llegó a verse como un rival de lo que se denomina «nacionalismo» (es decir, de lo que hemos denominado en sentido estricto lealtad al Estado), pero no se empleaba (como sí se han empleado primordialismo, tribalismo y regionalismo en otras regiones) como sinónimo de lo que en este texto se ha identificado con el «auténtico nacionalismo». Por el contrario, el término comunitarismo, al denotar que la identidad fundamental dependía de las líneas divisorias religiosas, que englobaban a varias naciones a la vez que dividían a otras, negaba la importancia que aquí hemos atribuido al concepto de nación.

Este punto de vista se fundaba en la agitación que tuvo lugar antes de la independencia en apoyo de la división de la India en dos Estados, uno de los cuales aspiraba abiertamente a que se le identificara como una república islámica; en una serie de plebiscitos en los que se dividió a varias naciones de acuerdo con sus creencias religiosas y su afinidad con Paquistán; y en los sangrientos enfrentamientos entre los distintos grupos religiosos que tuvieron

lugar tanto en la época de la retirada británica como a intervalos periódicos desde entonces. Sin embargo, es evidente que los pueblos de la región han demostrado una progresiva toma de conciencia de su nacionalidad. El hecho de que la unidad multinacional que es la India se conserve intacta territorialmente no deja de ser significativo, mas para conservar esa unión ha habido que realizar una serie de concesiones a las diversas naciones con respecto a las fronteras internas de la India, a la aceptación de diversos grados de autonomía grupal, etcétera. En algunos casos, como el de los cachemires, los mizos y los nagas, esas concesiones no han bastado para lograr su pasividad. En Paquistán, la agitación separatista de los sindis y los pashtunes pone seriamente en entredicho la preponderancia del sentimiento religioso sobre el nacional. Ahora bien, el caso de los bengalíes es el que refuta con mayor contundencia la hipótesis de que el comunitarismo es más poderoso que la idea de nación. Y es así no sólo porque el pueblo bengalí se separase de Paquistán, sino también porque ha ofrecido numerosos ejemplos, especialmente extremos durante la guerra independentista, de que la división entre hindúes y musulmanes y entre paquistaníes e indios no corta el vínculo que une a todos los bengalíes[39].

Si en la bibliografía sobre el Asia meridional el comunitarismo se ha tratado como un rival del concepto de nación, en los estudios sobre el resto del mundo se percibe una tendencia creciente a equiparar ambos conceptos[40]. Vemos, pues, que es un término de notable versatilidad, capaz de connotar una serie de conceptos sin relación alguna con el nacionalismo; o de referirse a una identidad religiosa que pone en entredicho la validez del nacionalismo; o de ser sinónimo de nacionalismo sin que nunca se le identifique como tal. Como sembrador de confusión, pocos términos pueden rivalizar con él.

LOCALISMO (*PAROCHIALISM*)

Si *primordialismo* y *tribalismo* denotan una visión paternalista del nacionalismo en el Tercer Mundo, entendido como una réplica pintoresca de algo que los europeos superaron antes de que terminara la «edad del oscurantismo», la connotación que el vocablo localismo ha adquirido en los círculos intelectuales estadounidenses supone que equipararlo con nacionalismo equivalga a señalar con dedo acusador a cualquiera que reconozca abrigar un sentimiento de lealtad hacia su nación. La tercera edición del *Nuevo Diccionario Internacional de Webster* define el localismo como «la condición o estado de ser pueblerino; esp.: mezquindad egoísta o estrechez (de intereses, de opiniones o de miras)». El empleo de una terminología que implica un juicio de valor nos dice más sobre la tendenciosidad emocional del autor con respecto a, entre otra cosas, la riva-

---

[39] Si se desea más información, véase Connor: «An Overview of the Ethnic Composition and Problems of Non-Arab Asia».

[40] Véase, por ejemplo, Robert Melson y Howard Wolpe: «Modernization and the Politics of Communalism: A Theoretical Perspective», *American Political Science Review*, 64, 1970, pp.1112-1130. Véase también F. H. H. King: *The New Malayan Nation: A Study of Communalism and Nationalism*, Nueva York, 1957.

lidad entre el Estado y la nación, que acerca del fenómeno nacional[41]. Indica asimismo que es escasamente probable que a continuación se realicen un análisis y una evaluación desapasionados del vínculo nacional.

SUBNACIONALISMO (*SUBNATIONALISM*)

Nos ha parecido apropiado concluir con *subnacionalismo* la lista de sustitutos incorrectos del término nacionalismo[42]. Comenzaremos por reconocer que quienes emplean este término al menos demuestran ser conscientes de que están enfrentándose a algo semejante al nacionalismo. Ahora bien, el término *subnacionalismo* no tiene rival cuando se trata de dar a entender que el nacionalismo está al servicio del Estado o de relegar la lealtad al grupo etnonacional a una categoría subordinada de fenómenos. Este término es en sí mismo una afirmación de la victoria final de la lealtad al Estado sobre la lealtad étnica.

* * *

¿Dónde se sitúa hoy día el estudio el nacionalismo? En un mundo como el de Alicia en el País de las Maravillas, donde nación suele significar Estado, donde el término Estado-nación se emplea por lo general para designar a los Estados multinacionales, donde nacionalismo significa generalmente lealtad al Estado, y donde etnicidad, primordialismo, pluralismo, tribalismo, regionalismo, comunitarismo, localismo y subnacionalismo se refieren por lo general a la lealtad a la nación, no debería sorprendernos que la naturaleza del nacionalismo continúe básicamente pendiente de ser investigada. En efecto, la negligencia terminológica incluso ha impedido que se haga una valoración realista de la magnitud del potencial revolucionario del nacionalismo. Al no ser identificado como tal, el nacionalismo por lo general se ha pasado por alto o se ha comprendido erróneamente en los estudios sobre el desarrollo político. Cuando se ha identificado con un apelativo equivocado, o bien se le ha restado importancia creyendo que desaparecería ante el avance de la modernización, o bien se ha identificado con algo tan desagradable como para resultar intolerable. Las implicaciones del nacionalismo no podrán apreciarse en tanto en cuanto este fenómeno no se reconozca como tal y continúen atribuyéndosele numerosas denominaciones. Y no es probable que la naturaleza del nacionalismo llegue a comprenderse mejor mientras no se reconozcan el fenómeno ni sus implicaciones.

Ahora bien, además de ser uno de los factores que más fomentan la ambigüedad que envuelve al nacionalismo, el uso negligente de la terminología es al propio tiempo un reflejo de la esencia intangible del fenómeno en cuestión. Como muy bien saben los filósofos, la negligencia terminológica encuentra un

[41] Aunque no tengan *per se* una carga de prejuicios tan grande, otros términos que se utilizan con frecuencia, como particularismo, también revelan las inclinaciones estatalistas del autor.

[42] Véase, por ejemplo, Víctor Olorunsola (comp.): *The Politics of Cultural Sub-Nationalism in Africa*, Garden City (Nueva York), 1972. Véase también Feld: «Subnational Regionalism and the European Community».

campo abonado en el terreno de la abstracción. Por ello, el carácter abstracto e ilusorio del vínculo nacional es en sí mismo un obstáculo para la investigación académica. Bien podría ocurrir, por tanto, que el conocimiento de la quintaesencia del nacionalismo continúe eludiéndonos. En un artículo que invita a la reflexión, Ladis Kristof ha planteado la idea de que la investigación científica quizá no sea adecuada para estudiar este tipo de fenómenos[43]. Aun combinados, el análisis y la lógica pueden resultar no sólo inadecuados, sino también engañosos, cuando se aplican al estudio de las lealtades emocionales. Rupert Emerson, un estudioso de cuya dedicación y perspicacia en la comprensión del nacionalismo se ha beneficiado todo aquel que ha meditado sobre su obra, ha expresado una opinión muy similar en las líneas que sirven de prefacio a una excelente investigación de los elementos que suelen acompañar al nacionalismo:

> La afirmación más simple que puede hacerse con respecto a la nación es que es un conjunto de personas que se sienten nación; y es posible que, una vez realizados todo tipo de elaborados análisis, esta afirmación sea asimismo la conclusión final. Para avanzar más, hay que tratar de diseccionar la nación y examinar por separado, después de aislarlos, los diversos factores y elementos que parecen haber contribuido más al surgimiento de la creencia en la identidad común que está en la raíz de la nación, la creencia en la existencia de un importante «nosotros» nacional que se diferencia de todos los otros que componen el «ellos» extranjero. Pero este proceso es necesariamente demasiado mecánico, ya que el nacionalismo, al igual que otras emociones profundas como el amor y el odio, es algo más que la suma de las partes que son susceptibles de ser analizadas fría y racionalmente[44].

El comentario de Emerson da a entender que el requisito básico para comprender mejor el nacionalismo puede ser una buena dosis de humildad. Si se quiere profundizar en el conocimiento del fenómeno nacional, probablemente será más fructífero albergar ciertas dudas con respecto a la propia capacidad para penetrar en su núcleo más recóndito que mostrarse confiado. Admitir la posibilidad de que quizá no se llegue a comprender el nacionalismo por completo es una manera de garantizar que no se olvidará la complejidad del tema, ni se incurrirá en el error muy común de confundir sus manifestaciones aparentes con su esencia. Reconocer que no se puede explicar la quintaesencia del nacionalismo no impide realizar progresos en su comprensión. En una área de conocimiento totalmente física como lo es la medicina, el hecho de que no se hayan descubierto las causas originales ni la naturaleza de los melanomas malignos no ha impedido que se realizaran grandes avances en el conocimiento de sus síntomas y sus reacciones ante distintos estímulos. Pero antes fue necesario identificar los melanomas y diferenciarlos de otros fenómenos. De la misma forma, los requisitos necesarios para llegar a comprender mejor el nacionalismo son, en primer lugar, llegar a reconocerlo, y, en segundo término, que el nacionalismo y sólo el nacionalismo se identifique como tal.

[43] Ladis Kristof: «The State-Idea, the National Idea and the Image of the Fatherland», *Orbis*, 11, 1967, p.255.

[44] Emerson: *Empire to Nation*, p.102.